JOYAS DEL TEATRO.

COLECCION DE LAS MEJORES OBRAS DRAMÁTICAS REPRESENTADAS

EN TODOS LOS TEATROS DE ESPAÑA Y ULTRAMAR.

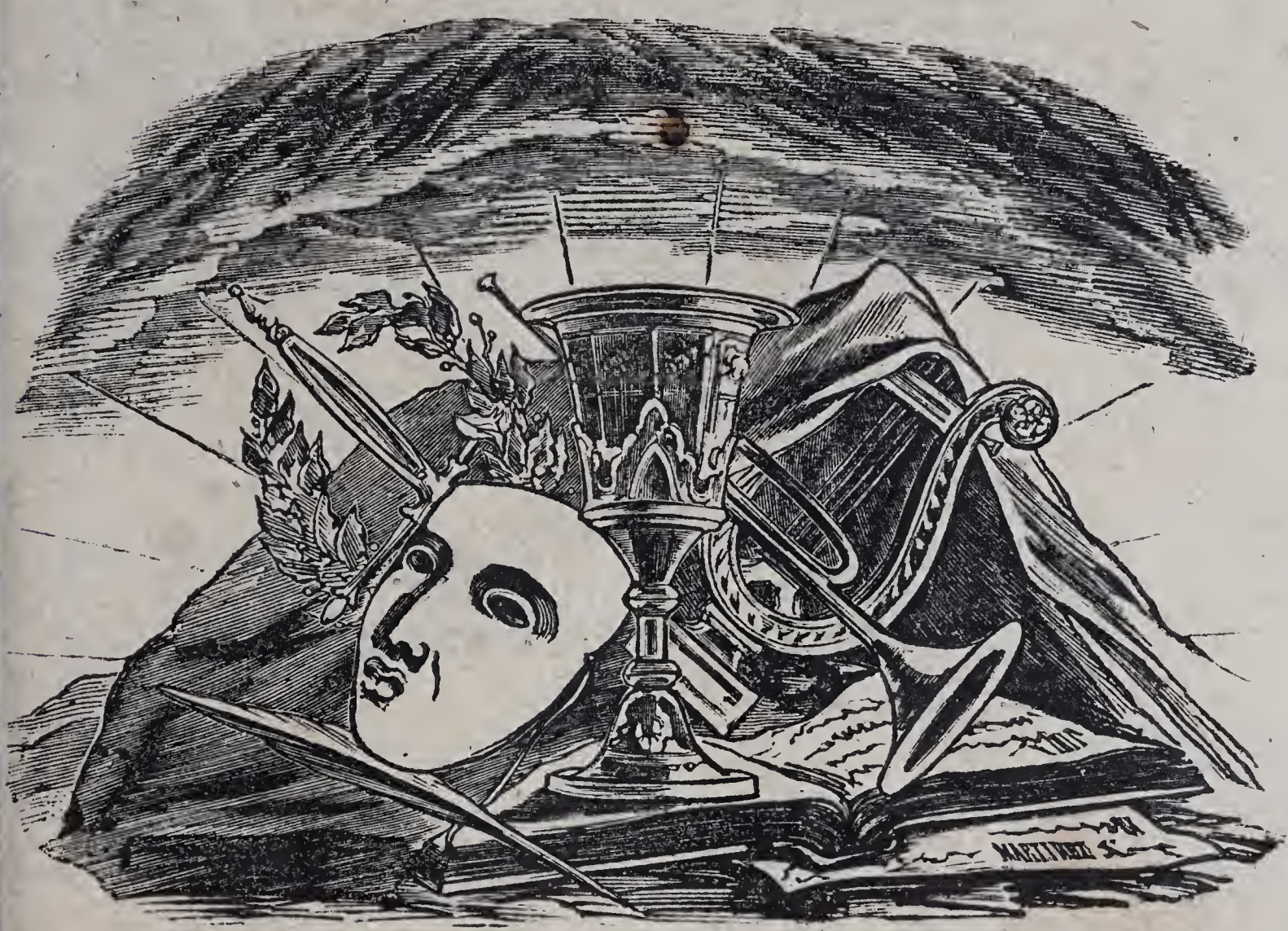
10187

TEATRO PRINCIPAL.

LOS SIETE CASTILLOS DEL DIABLO,

comedia de magia.

4 reales en Barcelona.— 5 fuera.



BARCELONA,

Imprenta y librería de la Sra. Viuda é Hijos de MAYOL, editores,
calle de Fernano VII, úm. 29.

1849.

LOS SIETE CASTILLOS DEL DIABLO.

DRAMA DE MÁGIA Y ESPECTÁCULO EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO,

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL.

Decoraciones de los Sres. Scaravellotto, Sert, y Malatò.

Repcesentado por primera vez en el Teatro principal de Barcelona, en Setiembre de 1849.

PERSONAGES.	ACTORES.
EL DEMONIO.	D. CEFERINO GUERRA.
RIC-RAC.	D. MANUEL GONZALEZ.
SATANIEL.	D.ª JOSEFA RIZO.
RAIMUNDO.	D. MANUEL GARCÍA MUÑOZ.
CANUCHO.	D. ANTONIO VALERO.
ACELIA.	D.ª MATILDE DUCLÓS.
REGALETA.	D.ª LUISA VALERO.
URSULA.	D.ª MARÍA CRUZ.
ORGULLO.	D.ª DOLORES PEREZ.
PEREZA.	D.ª JOSEFA BAYO.
ENVIDIA.	D.ª LUISA MARTINEZ.
LUJURIA.	D.ª MARÍA RAURELL.
DIABLO 1.º	
IDEM 2.º	
JAC. turca 1.ª	D.ª JACINTA CRUZ.
IDEM 2.ª	D.ª VICENTA CRUZ.

PRÓLOGO.

CUADRO PRIMERO.

EL INFIERNO.

DECORACION DE INFIERNO.

ESCENA PRIMERA.

El Demonio y Ric-Rac.

DEM. Vamos, peluquero de Lucifer, ¿será cosa de que tenga fin ese peinado?

RIC. Dejadme dar un golpecito de batidor, y estareis á las mil maravillas.

DEM. Ten cuidado, sobre todo, de separarme bien la raya; ya sabes que tengo en eso mi fuerte. Ay ay! que me arrancas el pelo.

RIC. Tened un poco de paciencia, ¡ esta melena del diablo está tan enmarañada!...

DEM. ¿Y porque esté enmarañada, has de tirar de ella tan sin compásion? Vamos, concluye, y sea de cualquier modo.

RIC. Ya está.

DEM. Bueno. Que me traigan ahora los pe-

ríódicos: ya los deben haber traido; pero ese viejo chocho de Cerbero no los deja salir de la portería, sin haberlos leido muy á su placer: vé á buscarlos.

Ric. ¿Y á que necesitais esos periódicos, cuando teneis en mi la gazeta del infierno?

Dem. Pues bien, dame noticias de la tierra: ¿qué ocurre en ella de nuevo?

Ric. No marchan del todo mal nuestros negocios: aquí tengo la lista de la (*un papel*) semana.—Asesinatos, ocho mil—muertes en desafio, tres mil doscientas,—robos, cincuenta y tres mil; sin contar la sisa de los criados, el peso falto de los vendedores, ni los escesillos en las cuentas de modistas, hostereros...

Dem. ¿Pues si incluyeras todo eso, cuando terminaria la lista?

Ric. Conversaciones criminales de amor; trescientas cuarenta y dos mil, quinientas diez y siete y media.

Dem. Cómo media?

Ric. Si; porque la última fué interrumpida por la fatal aparicion de un marido que estaba sobre aviso: ¿pero qué importa? los amantes ya pecaron de intencion: y para nosotros es igual.

Dem. Igual! igual! eres un lisongero, un adulador. Igual! lo cierto és que el infierno no prospera, que mis calderas están vacías, que no giran mis asadores; y que en lugar de martirizar á los condenados, yo soy el que me martirizo y me condeno. Ayer mismo, sin ir mas lejos, entraron dos en el infierno; como eran casi iguales sus delitos, determiné hervirlos dentro de una misma caldera: metiéronlos en efecto, y estaba yo muy ufano de su padecer, cuando al volver á verlos, encuentro que habian quitado á la caldera la espita, dejado salir el agua, y sentádose á jugar á los naipes en el mismo lugar de su suplicio.

Ric. De donde sacaron los naipes?

Dem. Qué sé yo? algun diablo se los daría.

Ric. Gran falta hace la policía en el infierno.

Dem. Es eso solo? ayer mismo me anuncian que solo en una ciudad hay dos amigos fieles, dos taberneros puros, y tres sastres que no mienten; sin contar una multitud de jóvenes casados en un solo dia.

Ric. ¿Casados? mejor ¿Acaso hay quien con mas abundancia provea de huéspedes el infierno que los casados? No niego que hay muchos matrimonios virtuosos; pero en cambio hay muchísimos, cuya horrible conducta es el escándalo de la sociedad. Este abandona una esposa fiel y honrada por los pérfidos atractivos de una impúdica cortesana: aquel sepulta sus hijos en la miseria por sostener el fausto de una coqueta ¿Pero á que nos cansamos? la disipacion, el mal ejemplo, las reyertas, el crímen son comunes á todos los mortales; pero jamas produce el vicio tan felices resultados para el infierno, como cuando se alberga en el seno de un matrimonio.

Dem. Por mas que digas, la especie humana se mejora. En todas partes se ven actos de humanidad, de justicia: escuelas gratuitas que se abren.

Ric. Mayor número de lectores para los malos libros.

Dem. El gás que ilumina.

Ric. Y que alumbra á los rateros.

Dem. Eh; basta ya de réplicas: lo cierto es que el siglo marcha rápidamente por la senda del progreso; y si no pongo remedio, muy en breve la virtud descenderá á la tierra. Quiero asegurarme por mí mismo de la fidelidad de mis emisarios. Mi anteojo: (*se lo dan*) tres meses hace que Sataniél partió para Bretaña provincia de Francia, con órden de inducir á pecar á sus habitantes, y de pecar con ellos para darles ejemplo, y desde ese tiempo no hemos visto llegar al infierno un solo francés. Entreténgamonos un rato en ver lo que allí pasa, y como Sataniél cumple su encargo. Pornic debe estar hácia este lado.

ESCENA 2.ª

(*Al tender el anteojo, ábrese el fondo del teatro, y deja ver una parte del lugar de Pornic bañado por el mar, que en completa borrasca conduce un buque que peligra. En una roca están Acelia y Regaleta arrodilladas; en otra Sataniél sentado, pescando con caña. Truenos, etc.*)

Que es esto? ¿dos jóvenes en ademan de dirigir súplicas al cielo, y Sataniél muy sosegado pescanda con caña?

Ric. Así cumple vuestras órdenes: vos le ordenasteis que pescase almas, y pesca anguilas: todo es pescar.

Dem. Silencio, á ver si podemos oir la que dicen aquellas jóvenes.

Ace. Gran Dios, que veis el peligro de nuestro amado padre, no permitais que su buque sea víctima de las olas: no nos dejeis entregadas á la horfandad y al desamparo. Salvadle, señor, restituidle á nuestros brazos, y os pro-

metemos ir en peregrinacion y en perpetuo ayuno á la hermita del Buen Socorro á rendir las mas espresivas gracias á la santa madre de los ángeles.

Dem. Qué ha dicho?

Ric. Parece que el padre de esas jóvenes va á bordo del barco que náufraga; y prometen al cielo, si el padre se salva, ir en peregrinacion á la hermita del Buen Socorro.

Dem. Y Sataniél sigue pescando.

Ric. Y con mala suerte, pues aun no le he visto sacar el mas pequeño pez.

Dem. Maldicion, ecsecracion sobre él.

(*El Teatro vuelve á su ser.*)

¿Es este el modo de obecerme? ¿Conque le envio á buscar almas para proveer las calderas del infierno, y el se emplea en pescar para arreglar su sarten. Yo pondré remedio.

ESCENA III.

(*Toca una campanilla, á que contesta dentro otra grande.*)

Demonios, condenados, condenadas, divinidades subterraneas, aquí todos: Trasgos, brujas, duendes, pronto aquí: no quede morador en el infierno que no se presente á mi vista.

Salen domonios, brujas y duendes, cantando el siguiente coro:

Coro.

La infernal campana,
nos manda acudir;
y pues á Satan
juramos servir,
sus justos preceptos
debemos cumplir,
dando á los humanos
tormentos sin fin.

Dem. Vasallos mios, columnas del infierno, uno de vuestros hermanos, Sataniél, á quien honré con mi confianza, mandandole buscar almas que someter á mi dominio, ha faltado á sus deberes, y se ha conducido de una manera espantosa.

Diablo 1.° Que ha hecho?

Dem. Que ha hecho, preguntais? que ha hecho el malvado? ha hecho... no hacer nada, despreciar mis órdenes, y dejar vivir á los hombres en paz.

Todos. Que horror!

Dem. Tratemos de juzgarle.

Diablo 1.° Si, si; juzguémosle.

Dem. En vuestra alma y conciencia, ¿que castigo pensais debemos imponerle?

Diablo 1.° El suplicio de la caldera.

Todos. Si, si, la caldera, la caldera.

Dem. Habeis adivinado mis intenciones. Ric-rac?

Ric. Señor?

Dem. Yo creo que fuiste cirujano allá en tu tierra.

Ric. Si Señor; cuando vivia en el mundo, era cirujano, comadron, barbero y callista.

Dem. ¿Y conservas tus herramientas,

Ric. Solo las navajas de afeitar, que llevo siempre conmigo.

Dem. Pues á tí doy el honroso cargo de ejecutor de mi justicia.

Ric. Gracias: afortunadamente tengo bien afiladas mis navajas. (*saca una gran navaja.*) Que tal?

Dem. Asombrosa: pues prevente. Que Sataniél comparezca.

ESCENA IV.

(*Toca la campanilla: óyese otra grande en el foso: sigue á esto una fuerte detonacion, y sale de la tierra Sataniél por una trampa.*)

Diablo. 1.° Acércate, acercate, traidor: ven á dar cuenta á nuestro dueño de tu conducta.

Diablo 2.° Vas á ser quemado.

Diablo 1. Hecho pedazos.

Diablo. 2.° Cocido, achicharrado.

Diablo 1.° Agarradlo: muera.

Todos. muera.

Dem. Apartad. Has oido? Sus anatemas, sus gritos te han instruido de tu suerte: tus hermanos mismos claman por tu castigo.

Diablo 1.° Si, y pronto.

Todos. Pronto.

Dem. Ric-rac, cortale la cabeza.

Ric. En mi tienda afeitaba perfectamente; pero como no es lo mismo cortar pelos que cabezas.

Dem. Obedeced .... qué, no está aun?

Ric. Tiene los nervios muy duros (*la corta.*) Ya está.

Dem. Ahora los brazos.

Ric. Eso sí que me gusta: ya estoy yo ducho en esa operacion. En Alemania, para curar á uno que tenia un panadizo en un dedo le corté un brazo y una pierna á otro que tenia malo un pié: entrambos sanaron en el momento.

Dem. Acabarás, hablador?

Ric. Es vicio que me ha quedado de mi pro-

fesion de barbero. (*corta los brazos.*) Pongo los brazos á vuestros piés.

Dem. Córtale ahora las piernas.

Ric. Ya no corto nada más

Sat. Sería inútil (*se transforma en un gallardo jòven*)

Dem. ¡Sataniél en la forma de un buen genio!

Sat. Me has privado de la parte de cuerpo que te pertenecia: la cabeza, á la que habias trasmitido tus pensamientos, y los brazos, fieles ejecutores de tu voluntad: privado de ello, lo restante del cuerpo no te pertenece.

Dem. Y que piensas hacer?

Sat. Proteger los mortales que tu persigas.

Dem. ¿Qué poder opondrás al mio?

Sat. El del cielo que me ayudará.

Dem. Temerario! apoderaos de él: vamos, obedeced.

Ric. Yo no puedo moverme: el miedo me impide aun el uso de la palabra.

Sat. ¿No ves como son vanos tus esfuerzos?

Dem. Al menos me vengaré en esas dos jóvenes bretonas, que han prometido ir en peregrinacion á la hermita del Buen Socorro: yo las causaré toda clase de disgustos, todo género de tentaciones.

Sat. Su santa peregrinacion se efectuará.

Dem. El viaje es largo.

Sat. El amor filial las prestara valor.

Dem. Yo las saldré al camino.

Sat. Y yo estaré á su lado para defenderlas.

Dem. Yo las haré entrar en los siete castillos del diablo.

Sat. Qué castillos son esos?

Dem. Aquellos cuya guarda confio á mi interesante familia, á los siete pecados capitales. Gracias á ellos, yo rodearé á esas doncellas de las mas seductoras tentaciones: ellas sucumbirán á sus encantos, y sus almas vendrán á mi poder.

Sat. Demasiada es tu jactancia.

Dem. Dentro de poco lo veremos. Salid, hijas mias: ostentad vuestros atractivos en presencia de este temerario que duda de mi poder.

ESCENA V.

(*Salen los siete pecados capitales, representados por mugeres con trages análogos.*)

Miralas, su poder es infinito: ¿qué mortal osará resistirlo? Saludadlas conmigo; clamad regocijados: Gloria á los pecados capitales.

Todos. Vivan, vivan.

Dem. Hé aquí la Ira; sus sañudos ojos arrojan fuego, esta es la Avaricia, que se enseñorea de la vejez: El amor desenfrenado, seductor de los jóvenes: La gula, enemiga de la salud: La pereza, origen de todos los vicios: la Envidia, venenosa serpiente que devora el propio seno que la alberga: y en fin la Soberbia, á cuyo poder debe el infierno mas triunfos que al resto de sus hermanas.

Ric. Que hermosas son todas! y luego dicen en la tierra: «Es feo como un pecado mortal.»

Sat. Pues á todo ese poder opondrán mis jóvenes el de su virtud, el de su amor filial, y el del cielo que protegerá su santo intento.

Dem. Ven aquí, Violentina. (*à la Ira.*) Tu serás uno de mis mas poderosos campeones. (*soberbia.*)

Luj. Maldicion á los corazones indiferentes! mi triunfo estriva en hallar amantes frenéticos.

Gul. Yo cautivaré con los placeres de la mesa los que escapen á tus atractivos.

Org. Yo seduzco á un tiempo el entendimiento, el corazon y los ojos: yo alucino, yo embriago á los mortales. ¿Cómo no ha de perder el orgullo á los hombres, cuando perdió á Luzbel mismo?

Dem. Demasiado cierto es. Escuchad: dos virtuosas jóvenes van á ponerse en camino para la hermita del Buen Socorro, con el fin de cumplir un voto que han hecho si conservaba el cielo la vida de su padre. Es menester salirlas al encuentro en el camino, y conducirlas progresivamente á cada uno de los castillos que tengo confiados á vuestra guarda. Adulareis sus deseos, y procurareis hacer que, cuando lleguen á la hermita, hayan manchado los vicios su corazon, y alterado la candidez de su conciencia.

Sat. Pero en cada uno de esos castillos no teneis mas que dos horas de tiempo para seducirlas. Si este tiempo transcurre, y una de las dos permanece pura, escapando á vuestras asechanzas, la puerta le será abierta; y la otra, aunque haya cedido á la tentacion, quedará tambien libre por la virtud de su hermana.

Dem. Bien; pero su permanencia se prolonga mas allá de las dos horas, y entrambas sucumben, son mias.

(*Quita Ric-rac la vara á Sataniél.*)

Sat. Convenidos.

Dem. Pues al arma, hijas; partamos á Bretaña.

Todas. A Bretaña, á Bretaña.

Ric. Señor, acabo de quitar á Sataniél su varita: aprovechémonos de este hurto para no dejarle salir.

Dem. Feliz idea! á mi, habitantes del infierno: apoderaos de ese audaz que intenta oponerse á nuestros planes: qué no salga de aqui.

(*Le cojen.*)

Sat. Infames!

Dem. Vaya á la caldera.

Sat. Traidores!

(*Sacan una caldera y un hornillo con lumbre para hacerla hervir: echan en ella á Sataniél, que se frie durante el coro,*)

Coro.

Al fin al protervo
logramos rendir.—Y pues á Satan etc.

Dem. Qué tal, temerario? quien vence ahora? quien es el mas fuerte? quien resistè al poder de Luzbel?

ESCENA VI.

(*Transfórmase la caldera en carro, balancín, ú otro trasto cualquiera que se eleva por los aires, conduciendo triunfante á Sataniel.*)

Sat. El mismo que humilló tu soberbia; aquel sér omnipotente que derrocó tu orgullo y osadía.

Todos. Ah!

Dem. Maldicion.

CUADRO SEGUNDO.

LOS PEREGRINOS.

Decoracion de Cabaña que con el fondo abierto deja ver un camino y campiña: dentro de la cabaña mesa y sillas rústicas.

ESCENA I.

Raimundo, Canucho.

Can. Ya estamos aqui.

Rai. ¿Canucho, no sabes con que motivo la nciana Úrsula nos ha mandado llamar?

Can. A fé mia, que no lo adivino; pero tengo na ligera sospecha...

Rai. Cual? dí.

Can. Como los dos vamos haciendo cocos, tu la joven Acelia, y yo á la soberbia Regaleta hermana, puede...

Rai. Acabarás?

Can. Poco á poco, que no soy costal. El pa-re de estas muchachas se hizo ayer á la vela ra un viaje muy largo: pero á mí, que no y tonto, me ocurrió la idea de pedirle la mano su hija de una manera fina y delicada.

Rai. Y qué?

Can. Señor Mauricio, le dije, cuando un mbre se pone en camino por largo tiempo, es uy posible que no vuelva nunca; y vengo á plicaros me otorgueis á Regaleta en matrimo-o, antes de vuestra partida; pues he reflec-nado que si os moris en el camino, no po-dreis dármela á la vuelta.

Rai. ¿Y qué le pareció tan escogido lenguaje?

Can. Perfectamente: primero me llamó bruto; pero despues logré sacarle respuesta.

Rai. Favorable?

Can. Muy favorable. Díjome, Canucho, yo te daré mi hija cuando seas menos pobre.

Rai. Escelente principio!

Can. Cuando seas menos feo.

Rai. Muy bien.

Can. Y cuando seas menos bestia.

Rai. Pobre Canucho! ¿y ahora que piensas hacer?

Can. Yo pienso...

Rai. Qué?

Can. Pienso que no vuelva de su viaje; en cuyo caso, yo me las avendré con la hija.

Rai. ¿Con que es decir que deseas la muerte de Mauricio?

Can. Hombre, no: qué! no tengo tan malas entrañas: lo que deseo únicamente es que se le trague un tiburon, un pez espada, ó asi un pescado muy grande; pero que muera? no. Se puede vivir muy bien dentro de esos animales,

testigo el señor Jonás, que, segun dice el cura, habitó mucho tiempo en el vientre de una Ballena; solamente que hay que tener mucho cuidado en entrar de golpe; porque los mordiscos de la Ballena están reputados por mal sanos.

RAI. Silencio que viene Úrsula.

CAN. Por cierto que los mordiscos de esta son poco temibles.

RAI. Porqué?

CAN. Toma, porque no le ha quedado un diente en la boca.

ESCENA II.

SALE ÚRSULA.

ÚRS. Buenos dias, hijos mios, buenos dias. Os he hecho llamar porque tengo que hablaros acerca de mis sobrinas.

RAI. De Acelia?

CAN. De Regaleta?

ÚRS. Escuchadme. Ya sabeis que mi hermano, obligado á embarcarse, ha estado hoy en sumo peligro.

RAI. En efecto: durante la tempestad estuvimos en la playa.

ÚRS. Mis dos sobrinas, muertas de terror, y entregadas á la desesperacion, hicieron voto si se aplacaba la tormenta, y Dios salvaba á su padre, de emprender una santa peregrinacion á la hermita del Buen Socorro.

RAI. Pero si está muy lejos.

ÚRS. Bien lo sé; pero el riesgo era tan grande, y tan espantoso su terror, que no reflecsionaron en las consecuencias de lo que prometian...

CAN. No estraño yo que se asustasen porque hacia un viento horroroso; escelente para los molinos de viento; pero endiablado para los navegantes.

ÚRS. Por fortuna calmó casi de repente; y como vimos al barco caminar sereno, y con mar bonancible, nos tranquilizamos por la suerte de mi hermano. Ahora que no peligra, se ratifican mas en su propósito. Juzgad de mis temores no pudiendo disuadirlas de esta idea. Os he llamado pues, para que las digais que Dios no ecsige sacrificios tan costosos; que mil peligros harán su camino penoso é intransitable; y que si piensan en lo que han prometido.

ESCENA III.

Salen Acelia y Regaleta.

ACE. Si pensamos en ello, conoceremos que estamos obligadas á cumplir una santa promesa; que los riesgos y fatigas del viaje darán mérito á nuestra resolucion; y conoceremos en fin, que el Dios piadoso que conservó la vida de nuestro padre, tendrá clemencia de nosotras, y nos sacará salvas del peligro.

ÚRS. Ya lo habeis oido.

RAI. Es posible, Acelia? ¿con que estais resuelta á partir, á separaros de nosotros?

ACE. Es preciso.

CAN. ¿Y vos tambien, Regaleta, vos tambien nos abandonais? no, no; yo espero que lo pensareis mejor.

REG. Ya está bien pensado, es un deber: partimos mi hermana y yo para un viaje muy largo; pero no pienso morirme en él de tristeza, Iré con mi hermana mano á mano; y pasaremos el camino contándole yo todas las historietas y chismes de los mozos y mozas de la aldea: vamos á estar muy divertidas.

CAN. Vaya una devocion!

REG. Y porque no? ya estoy deseando ponerme en marcha. Ahí se quedan redes, pescados, gatos, perros, asnos y tu con ellos, Canucho, hasta que Dios quiera que nos volvamos á ver.

CAN. ¿Y podeis alejaros con tal indiferencia de vuestro fiel Canucho? ¿de vuestro Canuchito que muere por vos?

REG. He dicho que lo he prometido; y una doncella honrada no falta á su palabra.

CAN. Entonces no seré yo mozo honrado; porque palabras como esas...

REG. ¿Faltariais á ellas por desgracia?

CAN. Por desgracia? no; por costumbre. Doi una palabra; pero si veo luego que no me tiene cuenta cumplirla, no la cumplo; siguiendo aquel refran, que dice... De consejo muda el sabio.

REG. Pero si tu no eres sabio.

CAN. Bien; sabio no soy; pero no seré tan tonto cuando hago solo lo que me tiene cuenta. Bien es verdad que otras veces las he cumplido con ecsactitud. En cierta ocasion, por ejemplo, estuve á pique de morirme de una indigestion: prometí que si Dios me sacaba de ella, no habia de comer en adelante mas que seis veces al dia: escapé del riesgo, y desde entonces no he salido de mi regla: hago mis seis comidas diarias, y nada mas. Guarda, no quiero yo cargar mi conciencia.

Rai. Pues bien, ya que nada basta á disuadiros de vuestro propósito, partid en buen hora, pero dejad que os acompañe.

Can. Y yo tambien: famosa idea! Yo tambien quiero caminar en romería; esto servirá de penitencia á mis pecados presentes y futuros.

Reg. Y los pasados?

Can. Toma, ¿quien se acuerda ya de ellos? ¿con qué, estamos convenidos?

Reg. Si, si; ¡cuanto vamos á divertirnos! correteárémos por los campos.

Can. Cuando el calor apriete, descansarémos á la sombra de los árboles.

Reg. Entonaremos las canciones del pais.

Can. Digo, ¡y como soltaré yo allí mi voz de bajo!

Reg. Correremos tras las mariposas; comeremos majuelas, madroños y zarzamoras: apagaremos la sed con las puras aguas de los cristalinos torrentes.

Can. Eh; eh, poco á poco: no entro yo en eso del agua. Comeremos buen pan, rica carne, y demas provisiones que llevaré de prevencion en las alforjas; y beberemos el vino puro y añejo de que siempre estará llena mi calabaza.

Ace. ¿Pero que necedades estás diciendo? ¿con que quieres convertir un devoto viaje en una partida de diversion? ¿así intentas engañar al cielo? no; partiremos; pero partiremos solas.

ESCENA IV.

(Se presentan fuera de la puerta del foro el Demonio y los siete pecados, de peregrinos, cantando el siguiente coro.)

Coro.

Cual nuestros mayores
en tiempo mejor
á adorar partian
la Santa Sion,
nosotros contritos
con santo fervor
á adorar marchamos
la madre de Dios.

Reg. Que es esto? quien son estos hombres? ¿que buscais aqui?

Dem. Somos unos pobres peregrinos, que vamos en romería á cumplir una promesa.

Úrs. Pero que buscais en nuestra choza?

Dem. Una piedra en que reclinar un rato nuestras cabezas.

Can. Piedras? ¿pues no hay bastantes en el camino? escoged allí la que os agrade, que las hay de todas formas y tamaños. Al demonio lo ocurre venir á buscar peñascos dentro de las casas.

Dem. Si nos dieseis un poco de agua para apagar la sed...

Can. Ahí enfrente teneis el estanque, bebed en él hasta que se apure.

Úrs. Llegad, llegad, y seais bien venidos. ¡Ojalá reciban así á mis sobrinas, aquellos cuya hospitalidad imploren en su largo viaje!

(Entran.)

Dem. Estas dos jóvenes van á partir?

Úrs. Si señor; han hecho un voto imprúdente.

Rai. Por favor, ayudadnos á disuadirlas de tal proyecto: persuadidlas de que Dios no puede ecsigir de ellas que se separen de sus amigos, de sus parientes.

Can. Si, decid á Regaleta que no debe alejarse de Canucho: que Canucho no puede vivir sin Regaleta: que si Regaleta marcha, Canucho muere sin remedio: y si yo llego á morirme, estoy cierto de que no me consolaré en la vida.

Dem. Eso es lo que yo deseo.

Can. Que me muera?

Dem. No; dar á las jóvenes buenos consejos.

Can. Bien, bien: pues habladlas con fervor, buen peregrino.

Dem. Hijas mias, oidme con atencion. Tal vez os admiren mis palabras; pero os las dirijo en nombre del cielo.

Can. Ahora verás. *(A Rai.)*

Dem. ¿Habeis hecho una promesa? no es verdad? debeis cumplirla religiosamente.

Can. Pues señor, gracias por la fineza.

Dem. Nada en el mundo puede dispensar al hombre de lo que á Dios prometió.

Can. ¿Sabe usté, amigo, que no le olvidaré cuando me haga falta un abogado?

Dem. Y si necesitais un ejemplo que fortalezca vuestra fé, en mí le teneis, que vengo de remotas regiones solo por cumplir tambien una promesa.

Can. Pues bien te podias volver á las regiones remotas.

Dem. Ya soy viejo, débil; pero el Señor me dará fuerzas, y seré constante en mi propósito.

Ace. Y yo.

Reg. Y yo igualmente.

Dem. ¿Estais contento, amigo?

Can. Si señor, contentísimo; y si alguna vez os hallais en apuro.... verbigracia, si os

caeis á un rio, y no sabiendo nadar, necesitais quien os saque, podeis acudir á mi, que os serviré con sumo gusto.

DEM. Bien, muy bien; mas el tiempo pasa, y necesitamos no perderle; porque estamos á gran distancia de la hermita del Buen Socorro.

URS. Tambien mis sobrinas se dirigen á ella. Si permitieseis fueran en vuestra compañia...

DEM. En ello tendriamos un honor.

URS. Pues mientras disponen ropa, y algunas provisiones para el viaje, seguidme, y bebereis un poco de vino para humedecer los labios.

DEM. Ya son nuestras. (*Vanse y los vicios.*)

CAN. ¿Con que es cosa decidida? ¿vamos á separarnos?

REG. Y por mucho tiempo.

CAN. Ay Dios mio! solo de pensarlo me tiemblan las piernas, los ojos se me nublan, y siento una opresion en el pecho... vamos, rebiento sino lloro. (*Llora.*)

REG. Y yo lo mismo. Vaya, quédate con Dios.

CAN. A Dios... y... mira, cuidado no me plantes por alguno de esos peregrinos.

REG. Pérfido! tu si que me olvidarás por la primer mozuela que te mire con agrado.

CAN. Olvidarte? aunque me presentaran la sobrina del Papa.

REG. A Dios. (*Váse.*)

CAN. A Dios: y cuenta con lo que haces.

RAI. Con que se van!

CAN. Buena pregunta! se van; y con esos malditos peregrinos, á quienes no puedo atravesar.

RAI. Porque?

CAN. Porque tienen una traza!..... lo menos son ladrones disfrazados. El viejo sobre todo; tiene un aire de socarron!... y buenos ojos que echaba á Regaleta; aunque, á decir verdad, él no puede echar buenos ojos á nadie, porque es vizco.

RAI. Dios mio, abreviad su regreso. Si por desgracia las perdemos, ¿que será de nosotros? quien nos dará consuelo?

ESCENA V.

SALE SAT. YO. (*Saliendo de la mesa ú otro mueble.*)

CAN. Otro peregrino! vaya una cosecha! ¿por donde diablos ha entrado?

SAT. Segun vuestras esclamaciones, veo que teneis algun pesar: confiádmelo, que quizá os daré consuelo.

RAI. Amamos tiernamente á dos hermosas jóvenes, y van á separarse de nosotros.

SAT. Hermosas decís?

CAN. Como dos perlas orientales; principalmente la mia.

RAI. Se han obstinado en hacer su viaje en peregrinacion.

SAT. ¿Pues hay mas que acompañarlas de peregrinos tambien?

RAI. No quieren que las acompañemos.

SAT. Yo os prometo que no os conocerán.

CAN. Como es posible?

SAT. Yo respondo de ello.

RAI. Y los vestidos de peregrinos?

SAT. Os los daré tambien.

CAN. Pero si se van ahora mismo.

SAT. Pues ahora mismo los tendreis: aquí los traigo.

RAI. Donde?

SAT. Dentro de esta cajita.

CAN. Serán dos vestidos de muñecas.

SAT. Los vereis; y si no os acomodan... (*Saca un vestido poniendo la cajita en la mesa*) tomad: este para vos. (*á Rai.*)

RAI. Que asombro!

CAN. Aqui hay brujería. (*saca otro.*)

SAT. Este para vuestro compañero.

CAN. Tengo aprension de que huele á azufre.

SAT. Ah, ya me olvidaba de los bordones.

CAN. Bordones tambien? (*saca dos bordones*)

SAT. Uno—dos.

CAN. Amigo, que feliz sois! podeis llevar vuestro equipaje en una caja de rapé: no tendreis muchas reyertas con los dependientes del resguardo: ya estamos listos; pero y sombreros? no hay sombreros en esa arquita de Noé?

SAT. No, no hay sombreros.

CAN. Pues iremos decentes por esos caminos: nos vamos á achicharrar.

SAT. Tened flema: veremos de componerlo: tomad por el pronto el mio. (*Se lo dá y queda con otro.*)

CAN. Entonces quedais vos en la misma necesidad.—Canario! (*Viéndole*). que es esto? este hombre es el mismo demonio.

SAT. Este para vos. (*á Rai. y queda con otro*)

CAN. Jesucristo me valga. Este hombre tiene en la cabeza una fábrica de sombreros. Decid, amigo, ¿no podiais poneros en la frente un rótulo que dijera: Almacen de sombreros; triad barato, siempre barato?

ESCENA VI.

Salen Úrsula, Acelia, Regaleta, el demonio, los pecados.

Úrs. Que es esto? ¿todavia mas peregrínos?

Reg. ¿Si acabarán hoy de visitarnos?

Sat. Nos hemos tomado la libertad de entrar para reunirnos á estos hermanos, que percibimos á distancia.

Dem. Sataniél aqui! cual será su proyecto?

Ace. No veo à Raimundo.

Reg. Donde está Canucho?

Can. No muy lejos.

Ace. No habrán tenido valor de presenciar nuestra partida.

Úrs. A Dios, hijas mias: el cielo velará sobre vosotras.

Dem. Y yo tambien.

Sat. Y yo.

Can. Y yo.

Rai. Callarás?

Dem. ¿Sataniél hace venir á los dos amantes? tanto mejor; tendré cuatro almas en vez de dos.

Ace. Sobre todo, hermana, no olvidemos nuestros ramos.

Dem. Que ramos son esos?

Ace. Dos pequeños ramilletes tocados á la Virgen tutelar de nuestra aldea: mientras los llevemos sobre el corazon nos darán valor en los peligros, y constancia para mantenernos virtuosas. Si lo somos, conservarán su frescura y lozanía; mas si desgraciadamente faltamos á nuestros deberes, se marchitarán al punto, y quedaremos espuestas á mil peligros.

Dem. Lo habeis oido?

Sob. Si; pero les valdrá poco su talisman.

Ace. Juro no apartar el mio de mi seno.

Reg. Yo tambien le guardaré como una reliquia. (*Campana dentro lejos.*)

Úrs. Oís? la oracion.

Ace. Partamos, y la virgen nos proteja. Compañeros, á la hermita del Buen Socorro.

Dem. No; antes entrareis en el primero de mis castillos; en el de la Envidia.

Sat. Vamos.

Dem. Vamos; y repetid el himno que entreteniendo el cansancio, nos presta fortaleza en el viaje.

Coro.

Cual nuestros mayores... etc.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

LA ENVIDIA.

Un suntuoso salon, adornado con retratos de personages antiguos de todas épocas, y lleno de curiosidades propias de un anticuario. Una momia donde guste el maquinista: en la escena mesas y escritores con joyas y preciosidades.

ESCENA PRIMERA.

La Envidia y Ric-rac con grandes narices.

Ric. Sí, mi señora la Envidia: yo soy, aun que me veis tan desfigurado. ¿Os gustan estas narices? pues son regalo que me ha hecho Sataniél, en venganza de haberle hurtado su varita. Pero estáis pensativa: ¿en qué caviláis?

Env. En el encargo que Luzbel me ha confiado. El ha tomado forma humana; y se halla en este palacio, bajo el disfraz de un célebre anticuario, esperando seducir á las jóvenes bretonas, con el imponente brillo de las joyas y preséas que va á ofrecer á sus ojos: pero yo dudo mucho que lo consiga: desconfio de que Acelia y Regaleta, acostumbradas á amarse desde la infancia, caigan en mi poder.

Ric. ¿Quién ha de resistirse al poder de la Envidia? Cuando yo vivia en el mundo, fuí por algun tiempo oficial de peluquero; y despues de tener envidia de cuanto miraba, envidié hasta la muger de mi maestro, á pesar

de ser coja y tuerta: todo esto prueba que la envidia es una enfermedad tan contagiosa, que pocos en el mundo se libran de ella.

ENVI. Oigo ruido: ellos son: que no nos vean todavia. (*Vànse.*)

ESCENA II.

Salen Acelia, Raimundo, Regaleta y Canucho.

RÉG Tampoco aqui veo á nadie: ¿estará deshabitada esta casa?

CAN. Seria lástima, porque es magnífica. ¡Qué átrios, qué jardines, qué salones! pues digo, ¿y este? ¡Cuanta riqueza, que de antigüedades! Yo estoy hecho un tonto. Mirad, mirad que retratos: ¿quién serán estos señores? Buenas pinturas: lástima que las caras sean tan feas.

RAI. Pasemos adelante.

ACE. Nó, yo no me atrevo. ¿Cómo hemos de internarnos mas en una casa, segun se vé, deshabitada, y cuyos dueños desconocemos?

CAN. Entrémos sin ceremonia, y así entablarémos conocimiento.

RAI. ¿Qué tenéis que temer á nuestro lado?

REG. Tiene razon. ¿Vés como hicieron bien en acompañarnos? ¡Y tú que te enfadaste tanto al conocerlos!.... mira si ahora nos son útiles: nos asisten, nos defenderán si es necesario.

CÁN. Sin contar con que os aliviarémos de lo largo del camino: porque al cabo, desde Pornic á la hermita del Buen Socorro hay cien leguas mortales: siendo cuatro para andarlas, tocamos nada mas que á veinte y cinco.

RAI. Mayormente cuando los otros peregrinos nos han abandonado.

CAN. Bien decia yo que eran unos tunantes.

DEM. DENTRO. Arreglad esos armarios, limpiad los cristales.

REG. Gracias á Dios que se oye una voz humana.

ESCENA III.

SALE DEM. ¿Qué es esto? ¿viageros en mi casa? ¿con que obgeto habéis venido á honrarme?

REG. Este será el dueño del castillo.

CAN. Mas bien parece un máscara de carnestolendas.

RAI. Señor, disimulad nuestro atrevimiento: los cuatro caminamos en romería al santuario del Buen Socorro: llegada la noche, y no alcanzando á ver por estas cercanias casa ó choza donde albergarnos, nos tomamos la libertad de entrar en este palacio, hasta que la luz del dia nos permita continuar nuestra marcha.

DEM. Seais bien venidos; permaneced aquí cuanto gustéis: cenaréis conmigo, y reposaréis en blandos y aseados lechos. En el interin observad todo lo que os rodea, y decidme que os parece.

ACE. Que todo es esquisito, y que desde luego revela la grandeza y buen gusto de su dueño.

DEM. Yo lo soy: célebre anticuario, viajo continuamente para adquirir cuantas preciosidades están esparcidas por el orbe. Sin haceros esplicacion de lo que encierran esos estantes, y pende de esas paredes, observad mi trage. Le encontráis estravagante; ¿no es esto? Pues él solo es un museo antiguo, un gabinete histórico-científico digno de un soberano. Este es el lienzo con que el español D. Alvaro de Luna se limpió el sudor, ya sobre el cadalso: el chaleco de Luis XVI, aun manchado con su sangre. De tiempos mas remotos conservo embalsamado en este relicario el ojo que perdió Anibal en el lago trasiméno, hoy de Perúsa. Este es el manto de Escipion el africano: el baston con que amagó Euribiades á Temístocles: un gorro adornado con varias plumas de los pavos reales consagrados á Juno en el Capitolio, y que con su graznido descubrieron la aprocsimacion de los gaulas, y por último la espada del apóstol Santiago, con la que en la batalla de Clavijo degolló en solo un dia ciento noventa mil sarracenos.

CAN. Degollar fué!

REG. Cuanto me alegraría poder tener en mis manos alguna de esas alhajas. (*De las mesas.*)

CAN. Tambien me agradaría á mí.

DEM. Pues tomad la que queráis.

ACE. ¡Qué hermosa sortija!

DEM. Esa fué del Rey Salomon: y tiene la maravillosa propiedad de hermosear cuanto toca.

REG. Pues tocad con ella á Canucho, que no le estará de mas.

CAN. No es necesario: yo estoy contento de ser como Dios me ha hecho.

ACE. Perdonad, pero si he de hablaros francamente, no creo tenga esa joya la virtud que suponéis.

DEM. Nó? pues mirad.

(*Toca con la sortija á Acelia, cuyos humildes vestidos se cambian en magníficos*

Acel. ¡ Dios mio !

Reg. Yo estoy asombrada.

Can. Esto es por arte del Demonio.

Rai. ¡Esquisito trage! ¡ Acelia, cuan hermosa estáis con él !

Can. Imposible que el vestido no esté fabricado en el mismo taller que los sacos de peregrinos.

Dem. ¿ Y vos no queréis tambien ataviaros como vuestra hermana ?

Reg. Nada me digais ; que no puedo esplicar la sorpresa que siento á vista de tal prodigio.

Dem. Lo que tu sientes son los primeros síntomas de la envidia. (*Aparte.*)

ESCENA IV.

Sale la Envidia. Advierte la diferencia (*De la mómia salió.*) que media entre ella y tú.

Reg. ¿ Quién me habla al oido ? no veo á nadie.

Env. Todos la rodean, la elogian, la admiran ; y ninguno hace aprecio de ti.

Reg. Es mucha la indiferencia con que me tratan ! Siento en mi interior una angustia, una rabia..... que no acierto á esplicar: jamás he tenido envidia de Acelia , y ahora....

Envid. Llévate á los jóvenes , y dejemos (*al Demonio*) juntas las dos hermanas.

Dem. Entiendo. Amigos , seguidme los dos ; os llevaré á ver otras maravillas , cuyo mérito no está al alcance de todos , y que solo los hombres saben apreciar. Dejad que estas jóvenes descansen , y ecsaminen en libertad lo que gusten. (*Váse con los dos.*)

ESCENA V.

Acelia y Regaleta.

Acel. ¿ Qué dices de esto , Regaleta ?

Reg. ¿ Qué puedo yo decir ? que debes estar muy contenta.

Ace. Yo ! ¿ de qué ? ¿ de unos vestidos fantásticos , obtenidos , ignoro porqué medios, y que del mismo modo que han aparecido los perderé quizá ?

Reg. Bien pueden ser fantásticos los vestidos ; pero no lo son por cierto las atenciones , los elogios , los respetos que todos te tributan. Ya se vé , no es estraño ; ¡ estás tan hermosa , y los hombres se pagan tanto del adorno y del lujo en las mugeres !.... ¿ Quién ha de resistir ahora á tus encantos ? Puedes envanecerte ; yo te lo aconsejo.

Acel. ¿ Regaleta , hablas de veras ?

Reg. ¿ Por qué nó ? No te creo tan necia que no hayas advertido lo que te obsequian todos, al paso que á mí me desprecian.

Ace. ¿ Serías tan débil que dieses abrigo en tu corazon á la envidia ?

Reg. ¡ Envidia ! ¿ qué dices ? Solo el mérito verdadero puede dar envidia : lo que siento es tu mudanza , y el necio orgullo que te han inspirado esos fútiles adornos.

Ace. ¿ Orgullo ?

Reg. Orgullo , sí. Como si me fuera á mí difícil adquirirlos iguales por los mismos medios. Yo desprecio esas galas , esas joyas y bordados ; pero solo por hacerte ver que no te soy inferior , voy á coger la sortija de Salomon , y á presentarme á tus ojos con igual ó mayor lujo que el tuyo : mira.

Env. Eres perdida.

(*Al llegar la sortija á su trage , se cambia en uno regugnante del que penden sapos , lagartos y culebras.*

Reg. ¡ Dios mio !

Env. He triunfado.

Reg. ¿ Qué es esto ? ¡ favor , socorro ! ¿Raimundo ?

Acel. Regaleta , hermana ?

Reg. Dejame , aparta: tu no eres mi hermana ; eres una traidora que te complaces en mi verguenza , que te gozas en mi humillacion.

Ace. Cálmate por piedad.

Reg. Huye de mi vista , te aborrezco , y juro huir de ti como de mi mas cruel enemiga. (*Vánse.*)

ESCENA VI.

Ric-rac y Canucho.

Ric. ¿ Queréis dejarme en paz ? ¿ habráse visto un bestia semejante ? ¿ pues no está envidioso de mis narices ? Vaya un pelma !

Can. Gracias á Dios que logré alcanzaros. Amigo mio , dejadme contemplar , dejadme admirar..... os lo suplico.

Ric. ¿ Será cosa de que tengan hoy fin vuestras necedades ?

Can. Pero qué es eso ? qué es eso que llevais en la cara ?

Ric. Cómo que qué es esto ?

Can. Si , decídmelo por Dios ; pues por mas que lo estudio , no sé que nombre dar á esa hermosa parte de vuestro rostro.

Ric. Pues es muy fácil de conocer. Todos los hombres tienen una prenda igual ; todos deben al Cielo un don semejante.

Can. Pues en vos , amigo mio , ha prodiga-

do sus dones á manos llenas. La hermosa pieza que admiro, es algo corta para trompa de elefante; pero desmesurada para nariz.

Ric. Pues es lo último que habéis dicho: es una nariz, una simple nariz.

Can. Simple la llamáis? pues si llega á ser discreta os cuelga hasta la cintura. Decidme por favor, ¿forma ella parte de este gabinete de curiosidades?

Ric. No señor: mis narices no corresponden á ningun gabinete: son parte de mí mismo.

Can. ¿Y no sabriais decirme donde hallaria yo otras? Por muy lejos que sea, yo emprenderé el viaje, sí: cual otro Cristóbal Colon, así como él corrió á buscar un nuevo mundo, yo correré en busca de nuevas narices.

Ric. ¿Con qué querriais unas semejantes?

Can. Las quiero, las ambiciono, muero por ellas: me ha hecho la naturaleza tan escaso de esa prenda..... mirad; cualquiera de esos retratos.... (*á los retratos les crecen las narices.*) Qué es esto? mirad, señor, mirad que hermosura, que divinas narices: hasta los retratos parece que me afrentan por chato, por romo.

Ric. Con qué de veras queréis otras?

Can. ¿Cuántas veces lo he de decir? las quiero á tòda costa: daria un brazo, un ojo por poseerlas.

Ric. Quedaréis satisfecho. (*Vàse.*)

(*Pégale una patada, y le crecen las narices.*)

Can. Gracias, gracias: ya soy feliz: pero, Dios mio, son demasiadas: á este hombre se le ha ido la mano: no encuentro la boca. Ay! Regaleta. Donde me esconderé? Si llega á verme con estas narices, qué será de mí?

ESCENA VII

Salen Acelia y Regaleta.

Ace. Escucha, hermana mia.

Reg. Déjame: no sé qué siento dentro de mí, que quisiera huir del mundo entero: todos se me burlan, todos me compadecen; y..... Dios mio! qué narices son esas?

Can. El regalo que me ha hecho un criado del anticuario. Lloraba por narices, y Dios me las ha concedido en abundancia.

Sale Raimundo. Cuantos tesoros! qué grandeza! y yo tan desgraciado?

Ace. Raimundo, qué tienes?

Rai. No lo sé: déjame Acelia: estoy avergonzado, comparando el fausto que reina en esta casa con mi aborrecible pobreza. ¿Quién soy yo en el mundo? un humilde, y mísero labrador á quien todos deben despreciar.

Acel. Despreciar! por qué? ¿por qué somos pobres? eso qué importa? mientras poseemos los verdaderos bienes, que son alegria, salud y tranquilidad de conciencia, no debemos llamarnos desgraciados. ¿No tienes en mí una tierna amiga, que en breve será tu esposa? ¿no tengo yo en tí un tierno amante? ¿Canucho no ama tambien á Regaleta, y es correspondido de ella? pues que nos falta?

Can. A mí no me falta, me sobra.

Rai. Tienes razon, pero esta riqueza, este fausto....

Reg. Esos salones tan súntuosos... Ah! maldigo mi pobreza, maldigo mi fealdad.

Rai. Maldigo mi humilde estado.

Can. Maldigo mis narices.

ESCENA VIII.

Sale Sat. Qué teneis? que aclamaciones son esas?

Rai. ¿Y vos quien sois, para pedirnos cuenta de nuestras palabras?

Can. Otra vez el peregrino?

Sat. Soi el ùnico que puede estorbar vuestra perdicion, diciéndoos el sitio en que os hallais, y los riesgos que os amenazan si no salís de él prontamente.

Ace. Pues donde estamos?

Sat. En la mansion de la Envidia.

Todos. De la Envidia!

Sat. Sí; todos vuestros pesares, toda la desesperacion que sentís es obra suya. Esta atmósfera emponzoñada arma el amigo contra el amigo, el hermano contra el hermano; inspirando un profundo pesar de las dichas agenas; y haciendo ambicionar para sí cuanto gozan otros.

Ace. La Envidia! ese horrible pecado?...

Sat. Horrible, pero muy comun en el mundo.

Can. Cierto, pues yo he visto envidiosos nonotarios, escritores, médicos, boticarios; y en fin, lo que os parecerá increible, hasta sastres he visto envidiosos.

Rai. Y qué hacemos?

Sat. Huir sin tardanza.

Rai. Mas si he visto cerrar todas las puertas.

Sat. No importa: la virtud de Acelia á quien el vicio no ha podido contaminar, os facilitará salida. Tocad con vuestra mano las paredes del salon, y estais salvos.

ESCENA IX.

Al tocar Acelia la pared del foro, transformase el teatro en interior de gruta iluminada con un resplandor verde: en la gruta hay tres puertas; y sobre la de enmedio una inscripcion de fuego que dice: Castillo de la Envidia.

RAI. Que es esto? ¡Castillo de la Envidia!

CAN. Dios mio! ¿Con que á ese maldito pecado es á quien yo debo mis narices? Pero yo me ahogo: ese condenado humo me sube hasta el cerebro: quiero estornudar, y no puedo.

REG. Maldito humo! achí.

CAN. Que feliz eres! y yo no puedo.

REG. Achí.

CAN. A, á... achí. Gracias á Dios.

SAT. Partamos.— 1.º Huyamos por la otra. —Ah! no triunfará el infierno.—Seguidme. Luzbel, prepara nuevos lazos; porque de este ya están salvos por las virtudes de Acelia.

(Al llegar Sataniél á la puerta derecha, salen llamas y cierran el paso: se encamina á la de la izquierda y sucede lo mismo: dirígese finalmente á la de enmedio, y desgajándose, presenta una hermosa escalera por la que huyen los 5 actores.)

CUADRO SEGUNDO.

EL ORGULLO.

SALON CORTO.

ESCENA PRIMERA.

El Orgullo y Ric-rac.

RIC. Y bien? que decís ahora?

ORG. Qúe si el mortal veneno de la envidia no ha logrado emponzoñar sus corazones, sucumbirán á los encantos del orgullo. Virtuosas jóvenes, veremos si salís puras de este castillo, en el que mil encantos os rodearán por do quiera.

RIC. Dudo mucho de vuestro triunfo.

ORG. Necio! ¿quien en el mundo ha resistido á mi dominio? yo soy un poder absoluto que me enseñoreo de los mortales y los dirijo á mi placer. Hago correr en busca de la muerte á los altivos guerreros. Obligo á perecer en la miseria á infinitas familias, á quienes impido impetrar de otras su sustento. ¿Qué son pues, esas famosas acciones que só color de heroicidad refiere la historia? obra del orgullo. ¿Quien dictó á Junio Bruto la idea de decapitar á sus hijos? ¿Quien clavó el puñal en el seno de Caton, é incendió á Cartago y en los tiempos modernos tiene dividido en bandos el universo? yo solamente, el orgullo.

RIC. Pero permitid os diga que la mayor parte de los hechos que referís, son actos de valor y constancia, que loan y admiran los hombres que ahora ecsisten.

ORG. Hombres tan dominados ahora por mí, cual lo estuvieron entonces sus mayores. ¿No oyes en los templos entonar alabanzas al Señor, cuando han logrado alcanzar una victoria de sus enemigos?

RIC. Cierto.

ORG. Pues eso significa, traducido al lenguaje de la razon, que los hombres dan gracias al cielo, de que les haya permitido destruir lo que el mismo cielo formó y quiere que se conserve.

RIC. Mas yo oigo á todos alegrarse de una victoria; á no ser el bando vencido...

ORG. Y entre los vencedores, ¿porque aquella muger huye despavorida al alegre tañido de las campanas? ¿Porque estremece á aquel anciano la estruendosa armonía de la marcha triunfal? ¿Porque aquella joven maltrata su rostro, mesa sus cabellos, y anega en lágrimas sus lúgubres vestiduras? porque en el triunfo perdió su hermano, aquel su hijo, y la otra el objeto de su tierno amor. Estos efectos producen las victorias: familias huérfanas, edificios destruidos, ciudades incendiadas, odio inestinguible en los corazones; y cada vez mas distantes de esa soñada felicidad que insensatos ambicionan.

RIC. Todo eso es cierto; pero ahora con los adelantos del presente siglo...

ORG. El siglo presente será tan infeliz como los pasados, mientras reine yo en el corazon de los hombres.

RIC. Bien lo veo; pero oigo pasos; es Luzbel, en distinta forma y trage, que conduce á este sitio una de las jovenes. Se apareció á los cua-

tro, no bien salieron del castillo de la Envidia; y ponderándoles la buena acogida y seguridad que hallarian en este, ha logrado que le sigan.

Org. Retírate, y déjanos tiempo de preparar la ruina de esos desgraciados.

Ric. Los otros tres recorren juntos las galerías del palacio.

Org. Vete.

Ric. Obedezco. (*váse.*)

ESCENA II.

El demonio, Regaleta y criados con lujo.

Dem. Me he quedado atónito con lo que habeis dicho. Vos os llamais Regaleta?

Reg. Sin duda.

Dem. Criada en Porníc?

Reg. Ciertamente.

Dem. Por el labrador Pablo Perrié?

Org. Como! ¿Regaleta criada en Porníc por el labrador Pablo?

Reg. Sin duda: pero que hay en ello de nuevo? ¿y á que vienen tantas admiraciones?

Org. No las estrañareis cuando sepais quien sois.

Reg. Quien soy yo?

Dem. Hija de una casa muy alta.

Reg. Alta? en eso si que os engañais: mi casa no tiene mas que un piso.

Dem. Hablo por la altura de su clase, de su nobleza.

Reg. De veras? pues quien soy entonces?

Dem. Hija de la duquesa Herminia Conegunda de Porticolis cuyo retrato conservamos en este palacio: es hermoso y parecido á vos. Su Escelencia vuestra madre os hizo criar secretamente, dejando ignorar vuestro nacimiento á su esposo, grande y rico elector del imperio germánico, por razones de alta política.

Reg. Vea Vd!

Org. Pero vuestra legitimidad está reconocida.

Reg. Con que han reconocido mi legitimidad?

Org. Ciertamente: juzgad si lo sabré yo que soy deuda de vuestro padre.

Reg. ¿Pues como es que siendo mi padre tan rico, tiene deudas?

Dem. Deudas quiere decir parientas.

Reg. Eso es otra cosa.

Org. Y ya reconocida, en breve entrareis en posesion de vuestros bienes, títulos y feudos.

Reg. Dios mio! que dicha! con que soy rica, noble y feudadada?

Org. Y deuda... parienta nuestra: en cuya calidad podeis mandar á placer en este palacio: todos esos pages, todas esas damas, y gentiles hombres os prestarán homenage: mandadlos y sereis obedecida.

Reg. Yo estoy hecha una tonta. ¿Con que todos esos son mis criados?

Org. Todos absolutamente.

Reg. ¿Y tambien aquel bajito regordete tan lujosamente vestido?

Dem. Tambien.

Reg. ¿Porque hace tantos gestos y visages?

Org. Es un bufon de palacio.

Reg. Que quiere decir eso?

Org. Llámanse bufones, los que están empleados en los palacios, con el solo encargo de hacer reir á los señores con sus chistes y gracejo.

Reg. Famoso empleo! Pues vamos, bufon, acércame una silla: pronto: mas cerca, mas cerca: asi está bien. Ahora dime una gracia, que me quiero reir.—Yo no entiendo de (*hace gestos el enano*) gestos: dime algo.

Dem. Es mudo.

Reg. Mudo? pues no hará mucha gracia su conversacion: bien que si habia de hablar mal, mas vale que calle.

Org. En el palacio hay muchos que gozan del uso de la palabra; pero este es mudo, y divierte solo con sus caricaturas. Pero vos estareis fatigada del camino, y deseareis quietud y descanso. Os dejaremos en libertad hasta que sirvan la cena.

Reg. Por cierto que de buena gana dormiria un rato en esta silla tan blanda.

Dem. Pues hasta luego. Domésticos, dejad sola á su escelencia. (*Vanse todos.*)

ESCENA III.

Regaleta sola.

Reg. Domésticos! palabras oigo esta noche que no habia oido en mi vida. Yo entendí que domésticos eran solo los animales que pueden estar cerca de las personas, como perros, gatos, corderos, gallinas... pero hablando de hombres, no sé... Ah, ya caigo: esto es que algunos señores tratan á sus criados como animales: y por no gastar tiempo en decir animales domésticos, dirán domésticos solo. Pero reflecsionemos en lo que me sucede. ¿Duermo, ó estoy despierta? Yo noble? yo hija de una duquesa? estoy soñando, no hay remedio: hagamos una prueba (*se*

muerde un dedo) ay, ay: pues no duermo que bien me duele. Si seria hermosa mi madre? preciso: ellos dicen que me parezco á ella, con que muy hermosa debia ser. Pero este pobre traje (*al espejo*) dice tan mal con tan bonita cara... voy á ponerme estas plumas : este es un adorno de cabeza: no hay duda, porque he visto en Nantes muchas señoras emplumadas. ¿Ya que las encuentro tan á mano, porque no he de emplumarme yo tambien?

ESCENA IV.

Regaleta, Canucho.

SALE CAN. Segun me han dicho esos señores, por aquí ha de estar Regaleta.

REG. Quien entra?

CAN. Ah, que estás aquí! Cuanto me alegro!

REG. ¿Quien sois, buen hombre?

CAN. ¿Qué tono de desprecio es ese? yo no soy buen hombre: soy Canucho , Canucho d' Arlé.

REG. Arlé? que nombres tan ordinarios! Que quiere decir Canucho? que es Canucho?

CAN. Miren que pregunta ! Canucho es Canucho.

REG. Buen modo de esplicarse!

CAN. Regaleta ¿te has vuelto loca? ¡cuantas plumas! que de zarandajas llevas á cuestas! Regaleta ¿que es esto?

REG. Eh! con quien habla? ¿á quien se dirije ese palurdo?

CAN. Como palurdo?

REG. Vos estareis borracho, buen hombre.

CAN. No he bebido gota en todo el dia: tú sí que parece has empinado de lo lindo.

REG. ¡Cuan grosero, y cuan feo es!

CAN. No, pues tu estás graciosa con esos dies, y esas plumas... que parecen dos cuernos.

REG. Y la hecha de gracioso! vamos, está visto; vos sois algun bufon de palacio, ó algun animal doméstico.

CAN. Aspacito con poner nombres, Regaleta.

REG. Yo no me llamo Regaleta.

CAN. Pues como? señorita?

REG. Yo no soy señorita.

CAN. Señora?

REG. Tampoco señora.

CAN. Hermosa viuda?

REG. Hermosa tal cual; pero viuda de ningun modo.

CAN. ¿Pues que demonios sois?

REG. Soy la escelentisima señora Duquesa Herminia Conegunda de Porticolis.

CAN. Bagamunda de Torticolis?

REG. Porticolis.

CAN. Allá se van: yo creí que era apellido materno; porque como vuestra madre es tuerta...

REG. Insolente! la que tu tienes por tal no es madre: es solamente quien me ha educado.

CAN. No se calentó mucho la cabeza; lástima que no os viera ahora con esos atavios, con esas plumas tan tiesas, y tan...

REG. ¿Que teneis que decir de mis plumas?

CAN. Nada; estais encantadora: solo os falta para llegar á la perfeccion...

REG. Qué? vamos.

CAN. Aquel vestidito sembrado de lagartos y culebras que os regalaron hace poco.

REG. Insolente, que me recordais?

CAN. Estábais tan mona con él...

REG. Desvergonzado!

CAN. Que si os hubiera visto vuestra nueva madre, mi señora la duquesa Bagamunda de Torticolis...

REG. Yo me ahogo!

CAN. Se vuelve loca de gusto.

REG. Hola, criados, sirvientes, mozos, domésticos, aqui todos: acudid; pronto, pronto.

CAN. Que patrulla es esta?

ESCENA V.

Salen el Demonio, Orgullo, Ric-rac, criados etc.

DEM. Duquesa, que es esto? que teneis? vuestros gritos han alarmado todo el palacio.

REG. Ese villano, que despues de ultrajarme con ridículos apodos, tiene el atrevimiento de insultar á mi madre, llamándola bagamunda, tuerta y...

DEM. ¡Tuerta la duquesa Conegunda!

ORG. ¡Bagamunda la señora de Porticolis!

CAN. Poco á poco; yo solo he dicho que la que conozco por madre de Regaleta es tuerta: y si he dicho que es tuerta , es porque le falta un ojo.

DEM. Los vuestros se os van á sacar en el momento por semejante insolencia.

ORG. Mejor será arrancarle la lengua por maldiciente.

DEM. No, los ojos.

ORG. La lengua, mejor.

REG. Que le arranquen entrambas cosas, y no disputeis por un villano.

CAN. Sopla!

DEM. Ferrando.

Ric. Señor?

Dem. Traed al instante los instrumentos necesarios.

Ric. Voy corriendo. (*váse*)

Dem. Sugetadle en ese sillon.

Can. Pues que, esto va de veras?

Dem. Lo vereis en breve.

Sale Ric. Aqui está todo: atadle. (*lo hacen*)

Can. Regaleta, perdon, misericordia.

Reg. No hay perdon: venganza.

Ric. Por donde empiezo?

Org. Por la lengua.

Ric. Será operacion trabajosa, porque aprieta los dientes.

Reg. ¿Hay mas que cortárselos?

Can. Esto es mas! piedad, gracia. Regaleta, ten compasion del pobre Canucho.

Dem. Como! que decís?

Org. Que nombre habeis pronunciado?

Can. Toma! el mio.

Org. El vuestro? desde cuando?

Can. Pregunta discreta! desde que me bautizaron.

Dem. Y sois breton?

Can. Hasta las uñas: natural de Bretaña, hijo de san Pedro· es decir del lugar llamado san Pedro.

Dem. Cerca de Porníc?

Can. Una leguecita de distancia.

Dem. Desatadle al punto.

Reg. Que es esto!

Can. Es juego de niños?

Dem. Y retiraos todos. (*Vase Regaleta, Ric, criados etc.*)

ESCENA VI.

El Demonio, Orgullo, Canucho.

Can. Si tendremos nuevo embrollo?

Dem. Estamos los tres solos?

Can. Cabalitos.

Dem. Respondednos ahora.

Can. Vaya Vd. preguntando.

Org. Vos sois Canucho?.,.

Can. El mismo.

Dem. Educado y criado en Bretaña por un pescador?

Can. Educado no señor, porque no se tomó esa molestia: pero si criado por mi padre Francisco Canucho.

Dem. Pues sabed... y asombraos, sábed que no sois su hijo.

Can. ¿Que no soy hijo de mi padre? ¿estais seguro de ello?

Org. Os lo afirmamos por nuestro honor.

Can. Buen descubrimiento! Ah, mamá, mamá!

Dem. Tampoco sois su hijo.

Can. Esta es mas negra! tampoco soy hijo de mi madre? estamos lucidos! entonces habré nacido de la tierra como los hongos.

Org. Sois el ilustre hijo del gran Sofí de Pérsia Astiages Prejáspe, cuyo retrato tenemos en el castillo. Es muy interesante vuestra historia.

Can. Si, eh? pues á ver, cuénteme Vd. algun retazo de ella.

Org. Complácele, hermano.

Dem. Casado Astiages vuestro padre con la princesa Mandáne, soñó el rey de aquel vasto imperio que de la boca de su sobrino... vuestro padre.

Can. Entiendo.

Dem. Salia tal cantidad de agua que inundába la Pérsia.

Can. Que barbaridád!

Dem. Y que de la cabeza de vuestra madre nacia una parra, de cuyos racimos se podia sacar vino para el consumo de una ciudad, por populosa que fuera.

Can. Ah buena madre! no he renegado yo de la casta.

Dem. El rey sabiendo que vuestra madre estaba en cinta, se persuadió que el cielo habia querido anunciarle por medio de este sueño, que Mandáne daria á luz un hijo, cuyos famosos hechos lo elevarian al solio, derrocando su poder y dándole muerte. Poseido de este temor, mandó matar á los esposos.

Can. A mis padres?

Dem. Pues: pero les dieron aviso, y con una pronta fuga burlaron los intentos del tirano; el cual confiscó las haciendas de vuestro padre, se apoderó de sus joyas y tesoros...

Can. Ladronazo!

Dem. E hizo pasar á su palacio sus mugeres.

Can. Las mugeres de quien?

Dem. De vuestro padre.

Can. Pues cuantas mugeres tenia?

Dem. Oh! mas de doscientas.

Can. ¿Con que segun eso, yo soy hijo de doscientas madres?

Org. No: vos solo sois hijo de la princesa Mandáne, su única esposa.

Can. Pues y las otras mugeres?

Org. En Oriente los principes y potentados tienen en sus palacios gran número de ellas... únicamente por lujo, por fausto.

Can. Ya lo entiendo; como aquí tienen perros y caballos. Psé, en esto de animales cada

uno tiene su gusto. Adelante con la historia.

Dem. A los pocos dias de su fuga, os dió á luz vuestra madre: y no considerándose los esposos seguros en Asia, se embarcaron en un buque inglés, con objeto de buscar asilo en Inglaterra.

Can. Allí van á parar todos los reyes cesantes.

Dem. Llegaron en efecto á Londres: y fué tal la proteccion por parte de los ingleses, que ofrecieron deponer al rey de Pérsia, y colocar á vuestro padre en el solio.

Can. De valde?

Dem. De valde no; pero á muy pequeño interés.

Can. Cual?

Dem. La cesion de todos los astilleros del golfo pérsico; y la franquicia de anclage en todos los puertos del reino.

Can. Pues no era caro. Con que los astilleros?

Dem. Sí.

Can. ¿Y donde habia de fabricar mi padre sus barcos? en la cocina de su casa?

Dem. Eso pedian.

Can. Y que dijo mi padre?

Dem. No quiso acceder, viendo los perjuicios que se seguirian á su pais.

Can. ¿Conqué no aceptó la generosa oferta de sus padrinos, y renunció al trono?

Dem. Sí

Can. Hizo perfectamente. Mas bien que ser rey en perjuicio de mis vasallos, me pondria yo á limpia-botas. Y que fué de mis padres!

Dem. Los hicieron salir de Inglaterra; y moviéndose una tempestad, naufragaron y perecieron cerca del lugar de Pornic en las costas de Francia, donde vuestro padre adoptivo Canucho logró salvaros, como asimismo una cajita con papeles que testifican vuestro nacimiento; y con los cuales, pues ya ha muerto el tirano, podéis presentaros en Pérsia, á reclamar los bienes de vuestro padre, sus títulos...

Can. Y sus mugeres: bien que ya serán muy viejas: dejémoselas al hijo del tirano.

Org. Ahora lo que insta es casaros inmediatamente.

Can. Con Regaleta? no es así? á que no me desprecia ahora?

Org. Quitad allá: Regaleta! una simple duquesa! eso seria abatiros, degradaros.

Dem. Debéis contraer alianza con alguna testa coronada, casándoos con una princesa que os dé sucesion.

Can. Princesa? guarda Pablo! no quiero yo nada que huela á casa real; no sea que yo, el suegro, la muger y los chiquillos tengamos que escapar á uña de caballo, á dar que comer á los ingleses.

Org. ¿Pues con quien habéis de casaros?

Can. Por mi gusto con la hija de un rico comerciante, que tenga un sin fin de patacones, soberbias fábricas.... bien que las fábricas no les gustan tampoco á los ingleses. En conclusion, con la hija de un comerciante millonario y bien arraigado.

Dem. Sea como gustéis; pero ahora es preciso troquéis esos humildes vestidos por otros propios de vuestra clase. Hola?

Sale Ric. Señor?

Org. Conducid á ese jóven, y disponed le vistan un trage magnífico, y adornen de las mas esquisitas joyas.

Ric. Venid señor.

Can. Vamos en buen hora. (*Vánse.*)

ESCENA VII.

El Demonio el Orgullo luego Raimundo y Acelia.

Org. Al menos estos dos necios no me escaparán.

Dem. Sí, pero Acelia y Raimundo no serán tan fáciles de seducir: tardan demasiado.

Org. Aquí vienen.

Dem. Emplea con ellos todo el arte de tu persuasion.

(*Acelia y Raimundo.*)

Ace. Dios mio! donde nos hallamos? què ha sido de Regaleta?

Rai. Tranquilizaos; ya la encontrarémos.

Org. ¿Quién oza entrar en este sitio con tan indecente trage?

Rai. Perdonad: veníamos....

Dem. Sabed que no se permite la entrada en estos salones, sino á aquellos que estén ataviados de ricos vestidos, de costosas joyas.

Ace. ¿Y cómo han de tenerlas unos pobres viajeros?

Org. Adquirirlas.

Rai. Señora, porqué medios?

Ace. Cierto: de que manera hemos de procurarnos?...

Org. Pronunciad una sola palabra, y la mas ilustre familia os contará en el número de sus parientes.

Ace. Yo me juzgo honrada en la humilde clase á que pertenezco.

Dem. Jóven, dad oidos á nuestros consejos, y bien pronto una corona adornará vuestra frente.

Rai. Os estoy reconocido; pero no ambiciono salir de mi esfera.

Org. ¡Es posible que sean tan humildes (*á Acelia*) tus deseos! ¿porqué desdeñas la fortuna cuando te brinda con sus favores?

Dem. Sed discretos, y admitid....

Org. Aceptad la dicha que se os prepara.

Ace. Dejadnos, dejadnos por Dios. El querer en un instante transformar unos pobres aldeanos, en nobles y opulentos señores, solo puede concebirlo el orgullo: y cambiar nuestra humilde choza en suntuoso palacio, seria la mas negra ingratitud. ¿Cómo despreciar el sitio donde moran nuestros padres? ¿dónde pasó nuestra infancia? ¿dónde somos dichosos en fin?

Org. Si tu esperimentases los encantos de esta morada...

Dem. Si gozaras de las fiestas, los bailes, los festines que aquí se disfrutan...

Ace. Preferimos á todo, la sencillez de nuestra aldea y el cariño de nuestros padres.

Rai. Solo en el amor de Acelia, y el afecto de los mios fundo mi felicidad.

Dem. Creednos: renunciad á este viaje tan lleno de peligros, aquí los hombres, las flores, todo lo mas perfecto de la creacion ostentará sus encantos á vuestros ojos: uno y otro sereis obedecidos y obsequiados como seres celestiales, como la divinidad misma. Manifestad un deseo; y por imposible que os parezca su realizacion, al punto le vereis cumplido.

Ace. Bien, pues conducidme al lado de mi hermana, y os viviré eternamente agradecida.

Org. Lo ecsigís? seguidnos: y comparando la felicidad que goza, con vuestra miseria, espero cedereis á mis consejos.

(*Suntuoso Salon regio, un trono en medio con escalinata y dos asientos de almoadones: en el dosel del trono dos retratos: representa el uno al Safí de Persia, ricamente vestido de oriental: el otro una duquesa griega.*

ESCENA VIII.

(*Se presenta por la derecha un brillante acompañamiento de damas persas, precediendo á Canucho que viene en trage oriental, sobre un palanquin sostenido por esclavos, y escoltado de mugeres.=Por la izquierda salen, en el mismo órden, griegos que escoltan y sostienen otro palanquin, de diversa forma que el anterior en el que vá Regaleta con un rico trage de griega: el acompañantiento de ambos lleva pebeteros con incienso.— Cantan.*

Coro.

« Noble jóven, asciende dichoso
« de la Persia al brillante dosel;
« y una bella y augusta princesa
« ponga colmo á tus dichas en él.

Salen Acelia, Raimundo, el Orgullo y el Demonio.

Can. Por Dios no incenseis tanto que me ahogo.

Reg. Vasallos, caminad mas despacio, que tengo miedo de caerme.

Acel. Regaleta... (*va á abrazarla.*)

Reg. Eh, poco á poco: que libertad es esa?

Ace. No conoces á tu hermana?

Reg. Mi hermana? yo no tengo parientes tan pobres y mal vestidos.

Rai. Canucho?

Can. Como que! hablais conmigo? Si quereis que os escuche, aprended mi tratamiento. ¡Canucho, el ilustre hijo de Astiages Prejaspe, y de la princesa Mundana!

Rai. ¿Es esto un sueño?

Can. A la órden, Duquesa.

Reg. El cielo os guarde, gran principe: mucho célebro veros, porque despues del pasado disgusto, he reflecsionado... que á los dos nos conviene contraer, por medio del matrimonio, una alianza que robustezca nuestro poder.

Can. Mi poder está bastante gordo y robusto, y no necesita arrimos ni puntales. Amen de eso, casarme con vos seria dejenerar de mi clase, abatirme, y hablando en términos cultos, encanallarme.

Reg. Principe, sois un tunante.

Can. Cuidadito con las palabras equivocas. En fin, sino podeis sofocar el encendido volcan de fuego ardiendo que os abrasa, presentadme un memorial, y veré de colocaros en el número de mis mugeres de escalera abajo.

Reg. Yo quiero ser sola, sola.

Can. Sola? ay hija mia! ya no sigo yo los usos de este país en que he sido criado: mi padre tenia doscientas mugeres, juzgad las que tendré yo, ahora que pienso aumentar mi servidumbre.

Reg. Pues dejadlo, que no le faltarán pretendientes á mi blanca mano.

Can. Esta maldita conoce mi flaco. Vamos, vénid acá, y hagamos las paces. Todo ha sido una chanza para castigaros del pasado desprecio. Acompañadme en mi regio trono: estemos

siempre tan unidos como lo están estos retratos que representan á vuestra madre, y al augusto monarca que me dió el ser, y presenciad la danza que han dispuesto para obsequiarme.

Baile.

ACE. Todo esto me parece un sueño.

ORG. No, no: es la realidad. El orgullo ha cambiado sus corazones: mira como los atienden todos, y á tí te desprecian. Pero aun puedes vengarte de su insolente desden. Ola. (*hace una seña y traen manto, corona, etc.*) aun puedes inspirarles envidia. ¿Ves este cetro, esta corona, y este regio manto? Pues pronuncia una palabra: dí solo: *los deseo* y son tuyos; y con ellos el dominio del mayor reino de la tierra.

ACE. Ya os he dicho que en vano empleais conmigo vuestro lenguaje seductor: la vanidad conduce al orgullo; y este al olvido de los mas santos deberes. Detestables insignias del poder, ornamentos de la vanidad, yo os rechazo y os desprecio. Prefiero mi humildad y mi pobreza al crimen de envilecerme, renegando de mi origen, y abandonando á mi amante, y á mis adorados padres. (*los tira*)

DEM. Insensata, eso respondes!

CAN. No la hagais caso, que es una bachilleja: ¿En donde ha aprendido ella esos retruécanos? Conducidla á mi serrallo para que cuide los perros de mi esposa.

DEM. Mas penosa ocupacion la preparo: entre tanto póstrate á los pies de los que ayer eran tus iguales, y hoy son tus señores. Arrastrad tambien á ese insensato y humilladle ante el trono. Contemplad vuestro abatimiento y su gusto: miradlos reinar, miradlos en la cumbre de la grandeza.

ESCENA IX.

SALE SAT. Yo los hundiré bien pronto en la sima del desprecio: levantad, perseguidos amantes; y contemplad como el cielo recompensa la virtud, y castiga al orgulloso.

(*Canucho y los hombres quedan en calzoncillos, las mugeres y Regaleta en enaguas ò refajos con remiendos: el trono desaparece.*)

CAN. Que es esto? quien me ha desnudado? quien me ha dejado tan fresco?

REG. Que verguenza, Dios mio!

CAN. Duquesa, pues vos tambien estais decente!

RAI. Salgamos de aqui.

ACE. Si, si; huyamos.

DEM. En vano lo intentais: que cierren todas las puertas.

SAT. Yo les abriré camino.

REG. Donde se han ido mis domésticos?

CAN. Y mis concubinas? y mi corte?

SAT. Todo ha sido un sueño hijo de vuestra imaginacion acalorada por deseos ambiciosos: El orgullo os ha hecho renegar hoy de vuestra familia como en otro tiempo estravió el juicio de vuestros padres y si no me creeis, satisfagaos ese ejemplo terrible.

ESCENA X.

(*Múdase la decoracion, y la reemplaza la torre de Babel, situada en una risueña campiña: multitud de obreros trabajan en construirla: à su tiempo truena, se oscurece el teatro; caen rayos en la torre, se arruina esta, y aparece ardiendo la ciudad de Babilonia.*)

Contemplad esos mortales orgullosos que intentan escalar el cielo con objeto de combatir á su criador: ese monumento que levantan es la obra maestra del orgullo: es la torre de Babel.

UN OBRERO. Subid, subid siempre. (*tempestad*).

SAT. Miserables, no conseguirán su intento; mirad enlutarse el cielo; mirad como retumban sobre sus cabezas las bóvedas del firmamento: quieren insultar al Eterno? Mirad como su diestra justiciera lanza sobre ellos el ardiente rayo, y aniquila su orgullo y su osadia. (*Rayos, ruina é incendio.*)

ACTO SEGUNDO.

CUADRO PRIMERO.

LA PEREZA.

Decoracion de bosque nevado: en la izqnierda del actor una casilla ó cabaña, cuyo costado descubierto patentice al público lo que pasa dentro: en ella hay una chimenea, un banquito ó poyo, y una cama: la puerta dá al tablado: frente de esta un banco de peñasco que ha de trasformarse.

ESCENA PRIMERA.

La Pereza, en trage de aldeana jóven.

PEREZA. Aumentemos el fuego de esta chimenea: cuanto mas abrigo encuentren en este albergue, menos querrán salir de él. ¡He impregnado de espíritu de adormideras el aire que se respira; y si los jóvenes entran en esta choza, ya han caido en poder de la Pereza.

ESCENA II.

SALE CAN. Brr, brr: vaya un hermoso tiempo! á fé mia, que el pobre diablo que duerma hoy al raso.... Con tal que esté habitada esta casucha..... sí, sí, busca la campanilla. Parece que aquí no se gasta.

(*golpea la puerta.*)

PER. ¿Quién llama?

CAN. Un servidor vuestro: abrid, abrid pronto, mocito; albergadme por esta noche, y no me dejéis á la intemperie con el tiempo que hace.

PER. Voy.

CAN. Pronto, que de frio no me siento ya las narices; y eso que no son flojas.

PER. Entrad. ¡Ay Dios mio! ¡cómo venís, pobre señor!

CAN. Mocito, yo no soy señor; soy un carambano, un témpano de hielo: yo daria diez años de vuestra vida, mocito.... no, mocita, por un braserillo, un anafe, un puñado de pajuelas encendidas.

PER. Tomad asiento á la chimenea.

CAN. Dios os lo pague. Ja, ja, jay; que gusto! esto es la gloria: ¡qué hermoso es calentarse asi todo el cuerpo! Las narices sobre todo, que son las que sienten mas el cambio de temperamento. Ya parece que se reaniman: sí, ya quieren ejercer sus funciones. Achí, achí. Dios os lo pague.

(*á la Pereza.*)

PER. Ya que os vais reponiendo, os dejaré un rato: tengo que ir al bosque por una poca leña que dejé ya cortada.

CAN. Id donde gustéis, amiga; libertad y franqueza: seria una impolítica deteneros..... yendo por leña, sobre todo.

PER. Pues quedad con Dios, y cerrad con llave. (*váse.*)

ESCENA III.

CAN. ¡Vaya si lo haré! Pues señor, no he tenido poca fortuna en adelantarme á mis compañeros: por donde andarán? ¿Cuánto va que se han helado? ¡Hola! tambien una cama: vamos, soy hijo de la dicha: ¡y qué limpia! ¡y qué blanda! Por cierto que seria un solemne tonto, ya que estoy solo, en no tender la raspa, y dormir á mi placer: á ello. Y que con este frio no han de picarme las pulgus. Batallon.... á tenderse..... aurr. Bien: ¡ay que cama! ¡qué regalo! ¡qué bendicion de Dios! ¿Quién seria el grande hombre que inventó los colchones? ¿Saben ustedes que fué mejor invento, que el gas y el vapor? ¿Qué barco, qué coche, qué camino de hierro tiene mejor movimiento que la cama, que no se mueve nunca? Aquí no hay

vuelcos, ni naufragios, ni incendios de máquinas..... ¡y no lo entendian los antiguos! pues parece que los modernos, con su gas, su vapor, su libertad de imprenta y demás zarandajas, no han abolido el uso de la cama. ¿Pero qué disparates estoy diciendo? ¿Quién ha dicho que el vapor es invencion de los modernos? Segun cuenta el escribano de mi pueblo, la máquina de vapor aplicada á los barcos, la inventó un español..... un tal Frasco de Paráy, Moráy.... no me acuerdo del apellido; pero él acababa en ay. Si señor, un español: y luego dicen mis paisanos que los españoles son unos brutos; pues ellos la inventaron: y segun añade el escribano, fué en tiempo de Cárlos V.: otro bruto tambien; que hizo la barbaridad de coger prisionero á un Rey nuestro, llamado Francisco; y por cierto que para llevársele no necesitó caminos de hierro, ni motores iocos; pues en un coche de aquellos dorados, llenos de molduras, que podian costear entonces los españoles, le zampó en Madrí y le tuvo en un arresto, hasta que nuestro sábio Rey hizo lo que quiso el Rey tonto; que sino, en España deja la piel el discreto Francisco: y fortuna que mediaron los Ingleses. Esta sí que es buena gente: ¡que justos! ¡que compasivos! siempre están protegiendo al poderoso contra el débil: nó, borrico, al revés; al débil contra el poderoso. En Inglaterra paran todos los reyes meritorios, y á Inglaterra van á parar todos los monarcas inválidos: ellos protegieron á los americanos contra los españoles, á los de Santo Domingo contra Napoleon. Son los padrinos de los negros esclavos, de los cafres, y de.... que se yó que mas? Y todo gratis, si señor: porque no son interesados: si se mezclan en los negosios del mundo, es para terminarlos todos amistosamente en santa paz: pero yo no sé como demonios se la componen, que lo mismo es intervenír ellos en cualquier cuestion, cuando aquella cuestion se empeora, y hay batallas, deguelios, trifulcas.... en fin, tratemos de dormir, que hace frio y hay que madrugar.

ESCENA IV.

Acelia, Regaleta, Raimundo, Sataniél de peregrino.

SAT. Alegraos, amigos, que ya hemos llegado.

REG. En que sitio nos hallamos?

RAI. Los que habitan en la casa nos lo dirán.

REG. ¿Dónde estará el galopin de Canucho que se adelantó á nosotros? (*Sataniél llama.*)

CAN. Yo creo que han llamado á la puerta, sí, llaman sin duda.

SAT. Buena gente, abrid por favor.

CAN. Qué es eso? quién está ahí?

REG. Es la voz de Canucho. Somos nosotros, Raimundo, el peregrino, Acelia y Regaleta.

CAN. Ah! si: bueno, bueno: ya conozco....

REG. Despáchate, y ábrenos.

CAN. Empujad la puerta.

RAI. Si está cerrada.

CAN. ¿Entónces que le hemos de hacer?

RAI. Abre hombre, que vamos á helarnos aqui fuera.

CAN. Es estraño, porque aquí dentro apenas se siente el frio. Qué hermosa lumbre! qué hermosa lumbre!

RAI. ¿Canucho, te burlas de nosotros? abre con mil santos.

CAN. No haré tal, que está húmedo el suelo, y voy á constiparme.

ACE. Abre por Dios.

CAN. La llave está muy premiosa, y no la quiero violentar.

RAI. Mal corazon! ¿no te compadeces siquiera de Acelia y Regaleta?

CAN. Ah! si: yo tengo el corazon muy sensible, compadezco vuestra desgraciada suerte; mas por ahora no me puedo menear.

RAI. No puedes? quien te lo impide?

CAN. Grandes y poderosas razones.

REG. Dios me perdone! pues (*mirando por la cerradura*) si está acostado.

CAN. Justamente: y estoy tan bien, tan bien, que ni un Papa antiguo se halló nunca con mas comodidad.

SAT. Ya adivino; es un lazo que nos ha tendido la Pereza: mas por cierto que me la ha de pagar.

(*Toca á la cabaña con la vara: pasa la cabaña à la derecha con chimenea y banquillo: la cama se trueca en banco: y el banco que estaba á la derecha en cama.*)

ACE. Que es esto?

REG. Que prodigio!

CAN. Con que tened paciencia por ahora amigos mios; que yo me encuentro muy bien.

REG. Una cama! lumbre!... (*Se acuesta.*)

ACE. ¿Como nos encontramos aqui?

SAT. Yo os he facilitado la entrada.

CAN. Brr; siento frio. Si se habrá abierto alguna ventana?

RAI. No puedo tenerme en pié de fatiga. (*Se sienta.*)

CAN. Se siente un airecillo colado... con tanta rehendija... hasta los colchones me parecen mas duros... ¿Será cosa de que haya vuelto aquella muger, y?... (*Se incorpora, y levanta.* Dios mio! que demonios es esto? y la cabaña? y mi cama? y mi lumbre? Calla, alli está la casa: esto es que dormido me han sacado de ella, y me han acostado en ese peñasco. (*Llama á la puerta.*)

SAT. Quien es?

CAN. Abrid por la Virgen.

REG. Que es eso? quien está ahí?

CAN. Yo, Canucho.

REG. Ah! si: bueno, bueno; ya conozco.

CAN. Despáchate y abre.

REG. Empujad la puerta.

CAN. Si está cerrada: ábrid, que me hielo.

REG. Pues es estraño, porque aqui dentro apenas se siente el frio.

CAN. Por vida de brios!...

REG. Qué hermosa lumbre! qué hermosa lumbre!

ESCENA V.

Sale Pereza.

PER. Que veo! mi choza trasladada á otro sitio, y este hombre libre!

CAN. Acelia...

ACE. Dejad entrar á Canucho: me dá tanta compasion!...

SAT. No merecen compasion las almas duras.

PER. Sataniél aquí! todo lo comprendo.

CAN. Me voy á helar sin remedio.

PER. No temas: pronto entrarás en calor.

(*El banco de la izquierda vuelve á ser cama: aparece en la misma izquierda otra cabaña; de modo que hay dos iguales en chimenea, poyo y cama.*)

CAN. Ah! bravo: mi cama, mi lumbre; muy bien venida: por cierto que no has de quedar desairada; á tumbarme. (*Se acuesta.*)

ACE. Raimundo? hermana?

SAT. El sueño los ha vencido: duermen profundamente.

ACE. Pues yo no dormiré; de ningun modo.

SAT. Pobre joven! siempre sola para combatir. (*Entra la Pereza en la choza derecha.*)

PER. Quien está aqui?

ACE. Una labradora.

SAT. La Pereza.

ACE. Buena muger, dispensad nuestro atrevimiento: muertos de frio y de cansancio, hallando abierta esta casa, nos resolvimos á entrar.

PER. Bien hicisteis: pero que hace aqui este joven? dormido sobre el banco?... amigo, despertad.

SAT. Que proyecto es el suyo?

RAI. Quien me llama?

PER. Levantaos, y seguidme. A poca distancia de aqui está el castillo del dueño de las tierras que tengo en arrendamiento: es muy afable, y os hospedará con el mayor gusto. ¿Que necesidad teneis de pasar aquí un mal rato, pudiendo estar allí con toda comodidad.

ACE. Os damos mil gracias, y aceptamos vuestro ofrecimiento; pero solo breves instantes disfrutaremos el favor, porque es preciso hagamos noche en la cercana aldea.

PER. Yo os guiaré á ella por sendas que abrevian el camino.

SAT. En ese caso, ya que os dejo en tan buenas manos, me separo de vosotros, y voy á continuar mi camino, que es diverso del que llevais.

PER. Id sin cuidado; conmigo van seguras.

ACE. Regaleta?

PER. Dejadla dormir: cuando despierte, la acompañará al castillo uno de mis mozos de labranza.

ACE. A Dios. (*á Sat.*)

SAT. A Dios, amables jóvenes; conservaos virtuosos, que el cielo no os abandonará.

(*váse Pereza y Raimundo.*)

ACE. Contad con nuestro eterno agradecimiento.

ESCENA VI.

Satan. Canucho y Regaleta.

SAT. Valor: la batalla está empeñada. Si esos jovenes permanecen en el castillo mas de dos horas, Lucifer triunfa. Pero por vida del infierno que no será así. Canucho y Regaleta duermen profundamente: tratemos de turbar su reposo. Trasgos, pequeños duendes, acudid.

(*Del modo que disponga el maquinista suben ó aparecen dos diablillos con pequeños pisones: suben à las camas, y majan à Canucho y Regaleta.*)

CAN. Eh, ¿que demonios es esto? ¿que está usted haciendo, mocito? ¿piensa usted que mi cuerpo es un paseo público, que trata usted de igualar el terreno?

REG. ¿Quien le ha traido á usted aqui, niño? ¡buen modo de mullir la cama!

(*vánse los diablos.*)

Can. Se ha ido? qúe, si no hay nadie: yo estaba soñando.

Reg. Donde está?.,. vamos, yo soñaba: duermes, Canucho?

Can. No.

Reg. ¿Has visto por ahí un chisgaravís vestido de colorado, que con una maza me estaba mullendo los colchones?

Can. Yo no. ¿Y por ahí no se ha aparecido un chiquilicuatro verde con cuernos, que me ha estado apisonando la barriga?

Reg. Yo no he visto mas que al rojo.

Can. Entonces eran dos, ó estamos soñando.

Reg. Eso seria. Tratemos de dormir, que como va cayendo la tarde, se siente un fresco...

Can. Mas que mediano. A acurrucarnos. Que frio! quisiera estar dentro de un horno.

Reg. Y yo de una estufa.

Sat. Entrambos quedareis contentos. (*Las dos camas se convierten en hogueras.*)

Can. Que es esto? no tanto, que me abraso.

Reg. Ay, que calor! yo me quemo.

Can. Yo me achicharro: mas donde estoy? (*Se levantan*) fuego, fuego.

Reg. Ay que me enciendo; agua, agua.

Can. Socorro! fuego, fuego. (*Vanse.*) ¿No hay quien nos favorezca? fuego.

CUADRO SEGUNDO.

LA AVARICIA.

SALON CORTO.

ESCENA PRIMERA.

Raimundo y Acelia.

Rai. Venid, venid; huyamos por esta parte.

Ace. ¿Pero como hemos de marchar sin Canucho y Regaleta?

Rai. Iremos á la choza á buscarlos. Acelia, no nos detengamos en una casa donde reina el vicio y la codicia.

Ace. Cierto; todos sus moradores descubren en su lenguaje el ansia del interes; no hay accion, no hay palabra que no se dirija á ecsitar la sed del oro. Que ostentacion de riquezas! que deslumbrar con la opulencia! Cualquiera diria que estamos en el templo de la Avaricia.

Rai. Partamos.

Ace. Si; pero á donde dirigirnos? El espeso bosque, por el que nos condujo aquella muger, nos es desconocido; ¿como encontrar las sendas que cruzamos? ¿como hallar á nuestros compañeros?

Endo. Can. Socorro, socorro.

Endo. Reg. Por Dios favorecednos, hermana?

ESCENA II.

Regaleta, Canucho.

Ace. Regaleta?

Can. Raimundo?

Rai. Canucho?

Reg. Humeo? estoy asada?

Can. Arrojo llamas? estoy ya frito?

Ace. Que significa?...

Rai. Que quereis decir con esas palabras?

Can. Que me han tostado como á un san Lorenzo.

Reg. Que me han tenido en las llamas como un ánima del Purgatorio.

Rai. Yo creo que estais locos.

Can. Muy posible es; ¿pero quien ha de conservar el juicio con tantos enredos y barahundas? Desde que salimos de Pornic parece que todos los diablos me han tomado por su juguete.

Reg. Y á mí?

Ace. ¿Porque no sois mas razonables? ¿porque formar empeño en separaros de nosotros?

Reg. Porque Canucho es un curioso, amigo de verlo y oirlo todo.

Can. Miren quien habla; cierto que tu tienes gran juicio. Pero todo esto no viene al caso; lo que urje es poner remedio, y pronto.

Rai. Como?

Can. Poco á poco, que nadie nos corre; escuchad.

Rai. Vamos.

Can. ¿No han prometido estas niñas... ¡endiablada promesa! caminar cien leguas en romeria, hasta la hermita que está á la falda de los Pirineos?

ACE. Sí.

CAN. ¿No hemos hecho cincuenta? ¿no estamos cerca de Angulema?

RAI. Cierto.

CAN. Pues volvámonos á nuestro pueblo, y habremos hecho las cien leguas completas.

ACE. ¿Y no llegaremos á la hermita? ¿y no cumpliremos la promesa? y en fin, ¿intentaremos engañar al cielo?

CAN. Aquí no se engaña á nadie; se ha prometido ir, pero volver no; quitamos cincuenta leguas en la ida, pero las damos en la vuelta; de todas maneras son las ciento.

ACE. Necio; ¿quieres convertir en objeto de burla los votos hechos al cielo? Ye no vuelvo á Pornic sin haber visitado la hermita; vuélvete tu siquieres, que yo marcho ahora mismo.

REG. Yo igualmente.

CAN. Vamos, no hay que enfadarse; yo iré tambien; hagamos cuenta que no he dicho nada.

REG. Y juro no detenerme en el camino.

CAN. Yo tampoco, sino el tiempo necesario para comer, beber, dormir y descansar.

RAI. Pues valor, y veamos si podemos salir de esta casa, sin ser notados.

ACE. Hácia este lado he visto una verja de hierro, cuya puerta estaba abierta, y da al campo; si no la han cerrado aun, estamos libres.

RAI. Vamos.

CAN. En marcha; y Dios nos libre de mas tropiezos.

ESCENA III.

(Vestibulo con tres puertas en el foro: sobre la de enmedio una inscripcion que dice: templo de la Fortuna: en las maderas de esta misma puerta una cabeza de leon: á los lados de la puerta, en alto, dos cuernos de la abundancia: en el tablado dos barriles, dos sillones y una arca regular.)

Salen Canucho y Regaleta.

REG. No los veo; Raimundo? Acelia?

CAN. A la otra puerta. Vamos á ver ¿y ahora quien se separa de quien? Al atravesar ese corredor oscuro, por miedo de estraviarme, me agarré al brazo de Raimundo; de pronto pega un tiron, se desprende de mí, y hasta ahora.

REG. Lo mismo me ha sucedido con Acelia.

CAN. Eh, ya estamos otra vez solos: prevenidos para servir de monos á los diablos.

REG. Qué es eso, Canucho?

CAN. Empezamos?

REG. Mira.

CAN. Donde?

REG. Allá arriba: no ves?

CAN. Yo no veo mas que telarañas.

REG. Hombre, no: ¿sobre esa puerta no ves un letrero?

CAN. Sí que le veo: y dice sino me engaño: t, e, m, tem: p...

REG. Templo.

CAN. ¿Pues yo que he dicho? templo: d, e, de.

REG. De la Fortuna.

CAN. Muger, para leer no hay que atropellarse tanto. Templo de la Fortuna! santa es que no he visto yo en ningun calendario.

REG. Canucho, me dá el corazon que los dos vamos á ser afortunados.

CAN. Los principios son buenos.

REG. La Fortuna... eso quiere decir, ó mucho me engaño, que esa puerta encierra un tesoro, y que ese tesoro es para nosotros.

CAN. Ay Regaleta! si Dios te oyera, si eso fuera verdad... *(Bajan los cuernos.)*

REG. Mira lo que va cayendo sobre tu cabeza.

CAN. Algun ladrillo?

REG. No; dos hermosos cuernos.

CAN. Cuernos? temprano empezamos: maldito agüero para un novio. A otro, que yo aun no soy casado. *(caen dos bolsillos)*

REG. Mira, mira lo que te dan los cuernos.

CAN. Famoso! mil gracias; Dios se lo pague á Vds.

REG. Parece que ahora te alegras.

CAN. Hija mia, dádivas quebrantan peñas.

REG. ¿No te dije que esta puerta escondia un tesoro?

CAN. Casi casi lo voy creyendo. Mira, veamos si está abierta, ó la podemos abrir; y entremos hasta donde podamos.

REG. Dices bien; entremos.

CAN. Andando.

(Se abre la boca de leon, y muestra la bolsa que toma Canucho.)

CAN. Perdone V. amigo; yo no trataba de ofenderle. Vaya unos dientecitos pulidos! Calla, otro bolson: vea V. un animal generoso: no hay mas? sin cumplimiento; *(coje el bolson)* eche V. cuanto tenga en el estómago. *(En una hoja de puerta un letrero... Reconoced los toneles)* Otro letrero! aquí creen que yo he estudiado para cura; lee tu, que yo no quiero entretenerme.

REG. Reconoced los toneles.

CAN. Que reconozcamos los toneles? y que nos importan á nosotros?

Reg. Que tonto eres! reconocélos y calla.

Can. Tendrán vino, aguardiente ó...

Reg. Veamos.

Can. Vuelta con las letritas.

Reg. «Oro, diamantes.» (*en los rótulos de los toneles.*)

Can. Bueno.

Reg. «Perlas, joyas, billetes de banco.»

Can. Superabundante. ¿ Sabes que de esta metralla esperaria yo un cañonazo? cómo uno? veinte, ciento, un millon.

Dentro una voz. Pues tómalos.

(*Los toneles se trasforman en cañones: hacen fuego y arrojan los que dijeron los rótulos, dejando plagados de joyas etc, los vestidos de los graciosos.*)

Reg. Ay Dios mio!

Can. Poco á poco; no hay que tomarlo tan al pié de la letra. Pero estoy soñando? mira cuanta riqueza.

Reg. Cuantos colgafos!... si será fino todo esto?

Can. Parezco un aparador de platero, y una esquina donde pegan carteles... (*Le sale por detrás un relò grande de entre el vestido*) ¿Señor, que diablos es esto, que me pega en las pantorrillas?

Reg. Un reló.

Can. Y pequeñito: se necesita una espuerta para llevarlo.

Reg. Recoje, recoje Canucho: metámoslo todo en esta arca. Ay! que (*sale un cocodrilo del arca*) mónstruo es este?

Can. Huyamos.

Dtro. Voz. Mátale.

Can. Con qué?

Dtro. Voz. Con eso. (*tiran del telar una segúr grande y corta la cabeza al cocodrilo, que se va*)

Can. Toma, perro.

Reg. Buen golpe! calla! se va sin cabeza.

Can. Será de la casta de las anguilas, que despues de echas pedazos, aun se menean (*va guardando las joyas en el arca.*)

Reg. Que animal tan monstruoso! que dientes! que dice aquí en letras gordas?—«Sentaos «en los sillones, apretad cada uno de los cla«vos que los adornan, y adquirireis mas rique«zas.»

Can. Como! no se trata mas que de sentarse y apretar un clavo? pues listo. (*siéntase*)

Reg. A sentarse: hagamos ahora la prueba. (*Al tocar el clavo, queda dentro de una jaula.*)

Reg. Ay! que me han enjaulado como á una loca.

Can. Pues yo no me acobardo.

(*Queda en una redoma de pepinos en vinagre.*)

Can. Favor, socorro, que me ahogo.

Reg. Que te pasa?

Can. No lo ves? que estoy metido en una redoma de pepinos en vinagre: ¿quien le ha dicho al demonio que yo gusto del vinagre? si fuera vino de Borgoña...

Reg. Pues yo no gusto de uno ni de otro: agua, agua clara: empujo otro clavo: (*La jaula se trasforma en fuente que hecha agua sobre Regaleta*) ay! no por Dios: no tanta agua; que me anego, que me hielo.

Can. ¿No pedias agua? pues ahí la tienes (*Desaparece la redoma, y Canucho queda libre.*) Dios se lo pague á V. y el santo del dia.

(*Desaparece la fuente, y Regaleta queda libre.*)

Reg. Ya era tiempo· maldita fuente! Mira, Canucho, la codicia rompe el saco: no hagamos mas pruebas: contentémonos con el tesoro adquirido: carguemos con el arca.

Can. Si, y á picar soleta.

(*Coje el arca, y se dirije á la puerta derecha del telon: encójese esta y no deja salida: si se quiere, puede despues angostarse el arca, de modo que quepa por la puerta; y al ir á salir segunda vez, acortase la puerta, de modo que nunca deje salida: este juego se acompañará de las palabras que requiera.*)

Can. Ola! que gracia de puerta: es elástica.

Reg. Quedamos lucidos. (*deja el arca donde estaba.*)

Can. Chica, ¿ tu sabes en que dia nació el demonio?

Reg. No: porque.

Can. Porque segun está de fiesta, debe ser hoy su cumpleaños.

Voz Dtro. No se sacan de la sala mas riquezas que las que se pueden llevar sobre sí.

Reg. Hermosa voz!

Can. Este será el tenor del infierno: en fin, no lo perdamos todo: y atestemos bien los bolsillos.

ESCENA IV.

(*Al ir al arca sale de ella un oso, y se pone á saltar.*)

Reg. Ay, que animal!

Can. Téngalos V. muy felices, amigo. (*señas del oso.*) Que dice V.? que le abraze? miren que bella muchacha! que baile? yo no sé bailar: déjeme V. con mil diablos. (*sale otro oso.*)

Reg. Ay! otro. Que? que le abrace? yo no (*señas*) abrazo animales: por eso no abrazo á Canucho.

Can. Estimando.

Reg. Que baile? anda y baila con tu compañero.

Can. A lo menos son divertidos. (*salen mas osos*) Virgen del Rosario! el arca es madriguera de osos: Calla! parece que se disponen á bailar.

(*Baile de osos, que concluye dando una paliza á Canucho.*)

CUADRO TERCERO.

LA LUJURIA.

Salon corto: un pequeño lecho de almoadones en que duerme Acelia.

ESCENA V.

La Lujuria, Acelia y Ric-rac.

Ric. Y bien, señora, habeis logrado vuestro intento?

Luj. Aun no: hasta ahora no he hecho mas que sepultarla en un profundo sueño á favor del cual la he vestido ese gracioso traje.

Ric. Habeis adivinado mis deseos. No en vano tiene en vos Luzbel tan grande confianza, y aun el mundo entero os reconoce por el mas seductor y peligroso de todos los vicios. Cual es vuestro plan?

Luj. Colocar á su lado un gracioso joven, que inflame su corazon y escite sus deseos.

Ric. Si me confiais ese encargo, juro desempeñarlo dignamente.

Luj. Tienes poco atractivo para seducir á una muger.

Ric. Haremos la prueba.

Luj. No es necesario: he elegido ya sugeto mas á propósito.

Ric. Quien?

Luj. Uno de los jóvenes que las acompañan.

Ric. Canucho?

Luj. No, ese es un necio; y son pocas las mugeres que se rinden á los necios. Raimundo; que aunque sencillo, tiene entendimiento y la ama.

Ric. Si, pero no sabrá esplicarse con aquella elocuencia seductora que cautiva á las mugeres.

Luj. Para encender los fuegos del amor, no son necesarias frases escogidas, ni artificiosos discursos. Una palabra, un suspiro, una sola mirada basta muchas veces para enardecer á una muger con fuerza mas irresistible que la de los elegantes razonamientos. El amor aborrece las flores retóricas.

Ric. Ya sé que está por lo positivo. ¿Pero que harán los tontos, no pudiendo seducir con las palabras, ni con miradas elocuentes?

Luj. Apelar al oro, tácito lenguaje que convence á todos, y que todos entienden.

Ric. Si, pero hay un sin número de mugeres á quien no seduce ese lenguaje.

Luj. Ve, llama á Raimundo, y hazle entrar en seguida.

Ric. La continencia del casto José le será necesaria para no caer en vuestras redes. (*váse*)

Luj. Procuremos ahora infundirla dulces sueños, que acaloren su fantasia con imágenes seductoras: no se diga que una simple aldeana escapó á mis artificios.—Llegó por fin el venturoso dia de tu boda con Raimundo. Lo que antes podia parecer delito, ahora es un deber: todo ama en la naturaleza: todos sus seres ofrecen holocausto á la bella deidad de Chipre: los sabios, los héroes, los dioses mismos han sometido el cuello á su blando y dulce yugo. En vano busca el hombre felicidad en la tierra, fuera de los instantes que consagra al objeto de su amor. Raimundo se acerca; salgamos. (*váse*)

ESCENA VI.

Sale Rai. ¿Donde está el criado que me guiaba? Que es esto? una muger sola y dormida será ilusion? Acelia!

Ace. Raimundo es ya mi esposo. Mi (*dormida*) amor es legítimo, á los ojos del mundo, y del Eterno. ¿Porque resistir á sus deseos? ¿porque dilatar el momento de nuestra dicha?

Rai. Dios mio! que palabras! duerme? si, y

en su sueño accede á mi felicidad. Yo no puedo resistir al deseo de estampar mis labios en su hermosa mano.

Ace. Que es esto? quien está aqui? Raimundo! que atrevimiento! (*Despierta.*)

Rai. Por compasion, Acelia, no huyais, no esquiveis mis deseos.

Ace. Raimundo...

Rai. Concededme la dicha de besar vuestra mano.

Ace. Aun no lo permite el cielo.

Rai. El cielo no se opone á la dicha de los mortales.

Ace. Retiraos.

Rai. Dame al menos el ramillete que adorna tu seno: dámelo como prenda de tu amor, y precursor de mi ventura.

Ace. No puedo resistir. Cielos amparadme. (*En el punto que el maquinista disponga aparece el cuadro que representa la tempestad, naufragio etc. del prólogo, con las dos mugeres arrodilladas.*)

Ah! que veo! gracias, Dios mio, gracias: tu diestra protectora me salva del precipicio.

Rai. Que es esto?

Ace. Mira, Raimundo, mira zozobrar el barco en que va mi amado padre; mira estrellarse en él las furibundas olas: oye el estallido del trueno, mira el siniestro resplandor de los relámpagos; contemplame al lado de mi hermana, pidiendo al cielo se aplaque la borrasca, jurando conservar intacta mi virtud.

Rai. Acelia...

Ace. Y cuando Dios clemente, enternecido á nuestros ruegos, dijo á la tormenta: basta; cuando con potente brazo calmó las olas, enfrenó los desatados vientos, hizo tornar á las nubes el rayo destructor, y descorriendo el tenebroso velo, mostró á nuestros ojos el brillante azul del firmamento, ¿corresponderia yo á sus beneficios con ingratitud? No, Dios mio, no: salvadme; salvadme siempre cual lo habeis hecho hasta ahora, y no desampareis nunca á la desvalida Acelia. (*váse y Raimundo, se oculta el cuadro.*)

Luj. Triunfante otra vez! ¿qué mucho, si siempre la asiste el cielo. (*Váse.*)

ESCENA VII.

(*Sale Ric-Rac y ocho enanos con lanzas; izquierda.*)

Ric. Centinelas, á vuestros puestos: guardad las puertas, y vigilad en la custodia de las hermosas huris de nuestro dueño el gran Alí Murat Burique.

Sale Can. Ola! con que el amo de este, se llama borrico? no le faltarán tocayos.

Ric. Tenemos en el serrallo dos hermosas jóvenes, llamadas Acelia y Regaleta.

Can. Regaleta en el serrallo?

Ric. No se pasa: atrás.

Can. Yo puedo pasar, que soy el novio de Regaleta.

Ric. No se pasa.

Can. Como que no? Señor Murat? señor Burrico?

Ric. No se pasa.

Can. No se pasa, no se pasa. Yo tengo derecho...

Ric. Ninguno, á no ser amigo de Alí.

Can. Jamas le he echado paja ni cebada: lo mismo le conozco que al gran Turco.

Ric. Entonces no podeis entrar en el serrallo, á no ser lo que yó.

Can. Y que soy vos? (*Le habla al oido*) Caspita! Gracias, gracias, mas estimo no entrar en la vida. (*Váse.*)

Ric. Segidme, y relevaremos las restantes centinelas. (*Váse y enanos.*)

ESCENA VIII.

(*Salen mugeres del harem.*)

Mug. 1.ª Centinela, retírate un momento, y toma en recompensa del favor: ninguno sabrá nada: ademas, puedes estar observándonos: solo queremos burlarnos un rato de uno de esos hombres. (*Váse enano.*) Entra, entra, gallardo jóven; ya estamos en libertad.

Sale Can. Dios mio! que hermosas criaturas! y cuantas!

Muj. 1.ª ¿Te divisamos á lo lejos, y tu perfecto rostro y gallardía han abrasado nuestros corazones. Miradle, amigas.

Muj. 2.ª Qué hermoso!

Muj. 1.ª Qué encantador!

Can. Estas mugeres están borrachas.

Muj 1.ª Bellísimo jóven, porqué esa admiracion? en este palacio practicamos las mismas costumbres que en el Asia nuestra patria, encantadora region donde el amor impera, y reina como en tu centro. ¿ al respirar el aire que te rodea, no sientes palpitar tu corazon, y turbarse tus sentidos con nuevas y agradables sensaciones?

Can. Esta muger es el demonio disfrazado de turca.

Muj. 1.ª ¡Cuan ingrato, cuan tibio á nuestro amor!

Can. Pero hijas, vamos claros: al amor de cual he de corresponder?

Todas. Al mio, al mio.

Can. Vamos despacio, celestiales sirenas: ¿como quereis que yo corresponda á todas?

Muj 1.ª Pues qué, es esto nuevo? aquí en tu pais...?

Can. Aquí en mi pais cada hombre tiene una muger: y aun es preciso que la ley lo autorize por medio del matrimonio.

Muj 1.ª ¿Y cada hombre se contenta con la suya? *no quebranta ninguno* la ley!

Can. Algunas infraccioncillas hay pero una golondrina no forma verano.

Muj. 2.ª Y una muger cuantos hombres tiene?

Can. La cuenta es clara: uno nada mas.

Muj. 1.ª Mire V. que miseria!

Can. Pues aun así hay maridos que no pueden con la muger entera, y cederian al diablo la otra mitad; y aun los tres cuarterones.

Muj 1.ª Valdrán aquí mucho las mugeres.

Can De todo hay en la viña del señor. Mugeres se ven por esos mundos que se dan de valde, y nadie las quiere.

Muj 1.ª Y son bellas?

Can. No las habeis visto?

Muj. 1.ª Muy pocas. Deseoso nuestro dueño de viajar llegó á Francia desde Turquia: quiso le acompañase su servidumbre y mugeres: hemos venido embarcadas: y desde el puerto, encerradas en los coches, llegamos á la vivienda que se nos tenia preparada, sin ver á nadie. Pero esto no es del caso. Dime, ¿tu has amado... alguna vez?

Can. Si digo que si me araña. En mi vida solo tuve una quebraderillo de cabeza con una muchachuela fea y pobre, por mero pasatiempo.

Pdo. Reg. Ah traidor!

Muj. 1.ª Pues bien quédate aquí: nosotras te tendremos oculto. En esta mansion de delicias todo se reune para embelesar los sentidos: en las ardientes horas de la tarde, despues de disfrutar las frescas y cristalinas aguas de un baño arómatico, á cuyo suave olor contribuyen la pura rosa, y cándida azucena, reposarás en blandos almoadones de damasco, colocados sobre arabescas alfombras. En el salon de tu morada humeará el incienso consumido en dorados pebeteros. Ungirás tu cuerpo con esencias: y en las claras noches del estio, cerrará tus parpados el sueño, rodeado de nosotras, arrullado por el dulce canto del ruiseñor y el armonioso murmurio de susurrantes arroyos, emanados de fuentes artificiales.

Can. Basta, basta, celestial hurí; que ya no puede abarcar mi cabeza tantas imágenes, ni retener tantos títulillos, dichetes y tiquismíquis. A vosotras me entrego; incensadme, embalsamadme, echadme á beber de bruces en el pilon de esas murmuradoras fuentes, con olor de todas especías; huntadme con miel, aceite de almendras dulces y cerato anodino: sienta yo en mi cara el suave tacto de vuestras manos, y soy feliz.

Sale Reg. Si? pues toma: (*Vanse las turcas chillando.*)

Can. Cuerno! esta no es untura, es una cantarida.

Reg. Yo te daré las esencias y pomadas: toma.

Can. Basta, basta, Regaleta.

Reg. ¿Con que el amor que me jurabas era solo un pasatiempo?

Can. Lo dije para engañarlas, para librarme de sus importunaciones.

Reg. Eres un falso.

Can. Pero si esas no son mugeres, son una legion de demonios tentadores.

Reg. Ya vá de muchas: ¡Y yo tan necia, que no sepa guardar resentimiento!...

Can. Todo ello no ha sido mas que un tropiezo, un resbalon. Los aires de esta maldita casa son tan incendiarios, tan fosfóricos!... No me escuchas? no me amas ya?

Reg. Ingrato, demasiado.

Can. De veras?

Reg. Mas de lo que mereces.

Can. Pues dame una prueba, una prenda de tu amor.

Reg. Cual?

Can. Ese ramo que llevas al pecho, ese hermoso ramo, cuyo refrigerante olor me será mas agradable que el clavo, la canela, y los cominos rústicos de esas daifas,

Reg. El ramillete? imposible.

Can. Entregámele, ó de lo contrario me mato aquí mismo.

Reg. Eres muy ecsigente.

Can. Dámele, y no hagas que eche menos los mimos, momos, y caranteñas de las turcas.

Reg. No, no.

Can. Pues yo digo que sí, si: ya es (*lo coje.*) mio: triunfé.

Reg. Ah traidor! Acelia hermana. (*Váse.*)

Can. Ahora llama á quien quieras, que ya tengo el ramillete. (*Váse.*)

ESCENA IX.

(*Jardin largo: grutas, fuentes; una cuerda tirante en sus tijeras, un cenador al fondo.*)

Demonio, Acelia, Regeleta, Ric-Rac, acompañamiento, coristas: luego Raimundo, Canucho.

Dem. Esclavos, hoy es dia de jubilo, la suerte ha traido á mi castillo estas hermosas jóvenes: disipad su tristeza con vuestras...

Rai. Vé con cautela, no nos vean.

Can. Ocultémonos detrás de estros árboles.

Ace. Señor, estoy fatigada: quisiera reposar:

Reg. Yo igualmente.

Dem. Omar, que conduzcan estás jóvenes á la habitacion que les está preparada (*llevan á Acelia y á Regaleta.*)

Can. Achí.

Ric. Qué es esto? quien está aquí?

Can. Haga V. cuenta que nadie.

Ric. Santo Alá!

Dem. Qué es eso?

Ric. Dos hombres que se ocultaban entre esas ramas.

Dem. Cómo temerarios? venís á seducir mis mugeres?

Can. Ellas nos han seducido á nosotros, ellas nos han hecho ocultar para ver la fiesta.

Dem. Alí, que en el momento sean empalados.

Can. Empala qué?

Ric. Empalados.

Can. Y que es empalar?

Ric. Ensartar á un hombre en un palo, como en el asador se ensarta un pollo.

Can. Pero si ya somos gallos.

Dem. Obedeced.

Can. Piedad: por Jesucristo.

Ric. Blasfemo.

Can. Por el zancarron de Mahoma.

(*Se trasforman en mugeres.*)

Dem. Pronto.

Guard. Ah!

Can. Dios mio! he cambiado de secso.

Dem. Qué os espanta?

Ric. Los dos hombres han desaparecido.

(*Vánse algunos guardas.*)

Dem. Buscadlos.

Can. Habia aquí hombres? que escándalo, Santo Alá!

Dem. Quien son estas hermosas desconocidas.

Can. Nos llama hermosas! este turco ha tomado una buena turca.

Ric. Esta es la célebre equilibrista y bailarina de cuerda que pedisteis hace tiempo: hoy ha llegado: esta otra es su doncella.

Can. El octavo no mentir.

Dem. La georgiana?

Ric. ¿No lo conoceis en su estraordinaria hermosura?

Can. Aprieta, manco: este mozo lo entiende.

Dem. Si que es preciosa: qué blanca tez! qué talle tan delicado!

Ric. Como todas las de Georgia.

Can. Buenas mozas habrá.

Dem. ¿Aceptó el precio que la propuse?

Ric. Sí, con tal que le sea pagado en moneda europea.

Dem. La pagaré en francesa: en cuanto quedó?

Ric. En veinte y cinco mil francos por cuatro meses, mantenida y vestida por V. A.

Dem. Me parece cara.

Ric. Es estrangera; y profesa un arte que influye mucho en la moral é ilustracion de los pueblos.

Dem. Ningun ministro del mundo goza al año en proporcion, una cantidad semejante.

Ric. ¿Y quiere comparar V. A. el mérito de un ministro con el de una bailarina? Un buen ministro de estado podrá dar gloria y esplendor á su patria por medio de habiles negociaciones con los estrangeros; el de guerra, ayudado de buenos generales, asegurar la independencia del pais; pero decidles á todos ellos que caminen sobre la punta de un pié, ó le eleven á la altura de la cabeza, manteniendo inmóvil y recto el cuerpo; veréis como no lo hacen.

Dem. En fin, veamos su habilidad.

Ric. Lo oís? vamos.

Can. A donde vamos?

Ric. S. A. quiere admirar vuestro mérito artístico: subid á la cuerda y bailad.

Can. Esta es mas negra! que yo baile?

Ric. Pues no? á que habeis venido?

Can. Si yo no sé bailar.

Dem. Como?

Can. Si en mi vida he hecho una cabriola.

Ric. No lo creais: gasta un humor divertido; y ahora parece que está de fiesta.

Can. Como si me ahorcaran.

Ric. Tomad el balancin; subid pronto.

Dem. Sin replicar; aqui no sirven chanzas;

bailad, ó cae al suelo vuestra cabeza.

CAN. Que será de mí, Dios mio! (*sube*) Ay, que me caigo.

RIC. Apoyaos en el balancin.

ESCENA X.

CAN. Que hago yo de este garrote?

SALE TURCO. Señor, Sataniél acaba de hacer entrar en el pabellon las dos jóvenes, é intenta sacarlas del castillo.

DEM. Son perdidas; en ese cenador influyen mis encantos; y Acelia y Regaleta no saldrán de mi poder.

ESCENA XI

(*El jardin se trasforma en un espacioso lago herido por los rayos del sol, y poblado de Briadas, Nereidas y genios marinos sobre rocas, conchas y delfines: el cenador vuelto góndola, conduce á Sataniél, Acelia y Regaleta: una paloma se lleva por los aires el ramo de Acelia: Canucho y Raimundo se salvan como disponga el maquinista.*)

SAT. Te engañas: todos los cuatro son libres.

DEM. Huyamos. (*vanse todos*)

SAT. Acelia, Dios te priva del ramo que has sabido conservar; pero cuando hayas triunfado de todas las asechanzas que aun se arman á tu virtud, te será devuelto en la hermita del Buen Socorro.

CORO.

Segura tu barca va
por la líquida llanura;
pues refrena su bravura
el potente Jeová.

ACTO TERCERO.

CUADRO PRIMERO.

LA GULA.

ESCENA PRIMERA.

Ric-Rac, Gordillo y Marmitones.

RIC. Actividad, vigilancia; atizad el fuego, espumad las ollas, haced girar los asadores: que todo hierva, que todo enrojezca, y contribuya á hacer espléndido el magnífico festin que se prepara. Vean esas jóvenes estrangeras, y sepa el mundo... que en esta mansion de delicias, bajo la influencia de estos aires salutíferos, todo el año es un prolongado carnaval; que aquí las aguas se trasforman en aromáticos vinos, y los flacos terneros en gruesos y corpulentos bueyes. Gordillo, estoy contento de vos; volveos á la cocina, y tenedlo todo pronto al primer aviso.

GORD. Marmitones y galopines, á los hornillos.

TOD. A los hornillos. (*vanse*)

RIC. Todo marcha perfectamente; si las bretonas han logrado escapar de la Ira, no escaparán por cierto de los ataques de la Gula, pasion harto mas tentadora.

ESCENA II.

SALE REG. Dios mio! que pais, que pais es este? ¿que influencia ejerce en los estómagos, que tanto despierta el apetito? Bien es verdad que cuanto aquí se ve, da ganas de comerlo. Aquí numerosos almacenes de manteca y queso de Flandes; allá espaciosas despensas de jamones y embutidos de todas clases; repostes llenos de dulces y toda especie de confituras; vinos generosos y licores en abundancia; en fin, señor, cuanto puede apetecer la persona mas amiga de regazarse el pico, otro tanto se encuentra aquí; no como quiera, sino derramado y como rodando por los suelos

Ric. Graciosa joven, por lo que os oigo, parece estais contenta de haber llegado á este castillo.

Reg. Y quien no ha de estarlo? con tanta abundancia... pero es particular; no sé en que consiste; pero cuanto mas como, mas apetito tengo; vuelvo á saciarle, y vuelvo á sentirme desmayada y con unos ahilos de estómago que me desmayo.

Ric. Eso consiste en la pureza de los aires que aquí se respiran.

ESCENA III.

Sale Can. Regaleta, Regaleta.

Reg. Canucho? Pero que es eso? que colorado vienes!

Ric. En efecto, trae el rostro muy encendido.

Can. Cuantos cántaros de agua dirás que me he hechado á pechos?

Reg. ¿Cántaros?

Can. Si.

Reg Que se yo?

Can. Pues pasan de cuatro.

Ric. Cuatro cántaros de agua!

Can. Y algo mas; pero que agua! que agua tan superfina! yo bebia, bebia siempre, uno, dos, veinte vasos, sin poder aplacar la sed; por fin, solté la canilla á un barril de este tamaño, y me puse á beber á pico de jarro; ya saciado, ecsaminé aquella agua tan milagrosa, y era vino de Champagne.

Reg. De Champagne?

Can. Cabalito Ric esa es el agua de esta casa.

Reg. Ya se vé; no hay que estrañar verle tan encendido; si está borracho.

Can. Muger, habla con cultura; ébrio se dice.

Ric. Vaya, pues si quereis tomar alguna cosa para serenaros, pedidla, que yo voy á mis quehaceres. (*váse*)

Can. Vaya V. bendito de Dios; lo que yo necesito ahora es dormir por espacio de dos ó tres dias. Ola, señora! (*á la estatua*) muy buenas tardes; beso á V. la mano; no los pies.

Reg. Bueno estás amigo! ¿no ves que saludas á una estatua?

Can. Es verdad; y que hermosa! que alta! parece una torre. Vaya un piececito pulido! bien se puede pasear por él como por una plaza. Voy á darle un pisoton, á ver si tiene callos. Que es esto? donde vamos? (*la estátua lo levanta con el pié*) ¿es elevacion de comedia? pues señor, ya estoy en el cuarto segundo de este edificio. Pues la mano tambien es cuca! necesita seis pieles de cabrito para un guante. Que tiene en la palma? ola almendras garapiñadas; yo voy á probarlas; me encaramaré en el brazo, y asi estaré con mas comodidad. (*sube al brazo*) Otra subidita! (*la estatua le sube con el brazo y le traga*) favor, misericordia, confesion.

Reg. Ay Dios mio! que se le ha tragado; acudid, acudid todos; pronto, pronto.

SALON CORTO.

ESCENA IV.

Demonio, Acelia, Raimundo, Ric-rac, criados con manjares y copas.

Dem. ¿Pero es posible que tras tantas horas de marcha, os ostineis en no tomar alimento?

Ace. Ya os he dicho que durante mi peregrinacion, he resuelto observar el mas rigoroso ayuno.

Dem. Bien; ¿pero lo quebrantareis por ventura siendo parca y comedida? El voto hecho os privará de escederos en el uso de los manjares; pero no el sostener vuestras fuerzas.

Ace. Me prohibe quebrantar el ayuno.

Dem. El ayuno! ¡que ideas tan equivocadas teneis del cielo! ¿Creeis que Dios en su grandeza puede descender á la pequeñez de observar si los hombres usan de estos ó aquellos alimentos, ó repiten este uso dos ó mas veces cada dia? Que error! padre bondadoso, inteligencia previsora, antes de formar al hombre le preparó sabiamente los medios de conservar su existencia; y le dijo: he criado toda yerba, todo árbol, animal acuátil, volátil y terrestre para que te sirva de sustento. ¿Siendo esto así, no es una supersticion llamar virtud á una abstinencia que se opone abiertamente á los designios del criador?

Rai. Somos unos rústicos aldeanos; y por lo tanto incapaces de vencer vuestros argumentos. Pero creo que en el acto mismo de conocer

y agradecer esos dones del eterno, se contrae un mérito absteniéndose en parte de ellos en obsequio de la divinidad; porque Dios, distinto de los hombres, no mira lo material de las acciones, sino la intencion con que se ejecutan.

Dem. Luego podeis cometer un crímen, siendo con buena intencion.

Ace. No le cometeremos, porque la iglesia nos ha enseñado ya, por medio de sus ministros, lo que debemos huir, y lo que debemos ejecutar.

Dem. Si tan perfecta creeis esa ley...

Ace. Yo la creo tanto, que si los sabios del universo, en vez de dedicarse á inventar nuevos sistemas para gobernarle, se entregasen con ahinco á hacer observar los preceptos divinos, seria mas facil su obra, y de mejor resultado para los pueblos.

Dem. No me obstino; mas al menos, por no hacerme un desaire probareis esas conservas. que...

Ace. Os he dicho que no. Suplicoos respeteis nuestras creencias, ó bien perdoneis nuestras preocupaciones; pero nos han sido gravadas por la religion, el ejemplo y las costumbres, y nos es imposible abjurar de ellas. (*váse y Raimundo.*)

Dem. Que dices de esto?

Ric. Que ásí como en el mundo suele decirse de un hombre, al cómeter una accion mala, á este le inspira el demonio, yo creo que á esta muchacha la inspira Dios: y lo malo es que con su ejemplo arrastra tras si al joven.

Dem. Estoy atónito: pero cuando llegó á lo sumo mi despecho y mi rabia, fué en el castillo de la Ira.

Ric. Tambien allí quedó triunfante?

Dem. Como en todos: inútiles fueron cuantos lazos, cuantas asechanzas se le armaron. Escité su enojo por todos los medios imaginables; pero escudada de su virtud, siempre salió victoriosa. Hasta á los celos apelé para que se irritase; haciéndola presenciar coloquios amorosos entre Raimundo y su hermana.

Ric. Se aman en efecto?

Dem. No; eran dos espíritus impuros, bajo la forma de ambos, los que presenté á su vista.

Ric. Y no se irritó?

Dem. No: afligióse, lloró; pero no se le escapó un eco de impaciencia.

Ric. Ahora sí que estamos perdidos: presenciar una muger coloquios amorosos entre su amante y otra, y no arañar á entrambos, es el mayor prodigio que cuentan las historias. Y Canucho supo algo?

Dem. Todo.

Ric. Bueno se pondria.

Dem. Hazte cargo: lloró, gritó, alborotó el castillo, quiso matar á Regaleta; pero como ella estaba inocente, se irritó en sumo grado, y aun puso las manos en su celoso novio, que la contestó con el mismo lenguaje.

Ric. Ese no sigue el ejemplo de Acelia: no hay pecado á que no se entregue: no escapará él de nuestras garras: el infierno será su paradero.

Dem. Es un tonto: para que le queremos? mas útil nos es sobre la tierra.

Ric. ¿Y un tonto que utilidad puede traernos?

Dem. Mucha.

Ric. Cual?

Dem. Los ignorantes son los ejecutores de los crímenes de los malvados.

Ric. Mirado bajo ese aspecto, no negaré... pero veo á Regaleta que se acerca á nosotros.

Dem. Me retiro; quédate con ella.

ESCENA V.

Sale Reg. Ay señor! por piedad, acudid.

Ric. Que sucede?

Reg. A Canucho, á mi pobre Canucho se le ha tragado la estatua.

Ric. Tranquilizaos: ya le devolverá: esa estatua digiere muy prontamente.

Reg. Pero si estará ya muerto.

Ric. Que locura! no lo creais: le volvereis á ver vivo, sano, y salvo de todo peligro.

Reg. De veras, señor?

Ric. Podeis creerme.

Reg. No sabeis cuanto agradezco la noticia.

Ric. Aquí vereis sucesos portentosos: veis este marmiton?

Reg. Ese barrigudo?

Ric. Si.

Reg. Le veo: y que?

Ric. ¿Que direis que ha tomado para desayunarse?

Reg. Quien lo sabe? habrá tomado chocolate, leche, ó en fin, cosa semejante.

Ric. Nada de eso: se ha comido un pastelon, un jamon y un pavo.

Reg. Que barbaridad! vamos, eso es imposible.

Ric. Imposible? quereis verlo?

Reg. Verlo! eso si que es mas imposible todavia.

Ric. Al contrario: no hay cosa mas facil.

Reg. Como se ha de ver?

Ric. Con una operacion muy sencilla: abriéndole el vientre.

Reg. Pero se morirá.

Ric. No: luego se le dan cuatro puntos en la herida, y se cura en el instante: á ello. (*toma un cuchillo y abre al marmiton*)

Reg. Que horror, Dios mio!

Ric. Mirad: el pastelon, el jamon y el pavo.

Reg. Y enteros.

Ric. Hace muy poco que los tomó.

Reg. Ah comilon! y no rebienta! pues con lo que él toma cada dia para desayuno, se puede mantener un regimiento.

ESCENA VI.

Dtro. Can. Socorredme, amparadme.

Reg. Canucho!

Ric. No os lo dije?

Sale Can. Regaleta?

Reg. Canucho! que alegria. Como estás?

Can. Dadme una silla por Dios. Como he de estar, hija? aplastado, magullado, molido. Ya viste que me tragó la maldita estatua.

Reg. Si, te vi entrar en la boca.

Can. Cierto; entré por la boca...

Reg. Y saliste?

Can. Por la parte contraria. Pero; que de cosas tenia dentro la estatua! el suyo no era vientre, era un almacen de comestibles. Allí jamones, salchichon, de todas verduras, de todas frutas: ¿y animales? ustedes no lo creerán; pero habia mas cadáveres de ellos en su vientre, que los hubo de hombres en la batalla de Austerliz: no, no se cuida mal la dichosa estatua.

Reg. Y tú?

Can. Yo, viéndome ya en aquella cueva, hube de prestar paciencia. ¡Pero lo que es este maldito pais! ¿creerás que aun sepultado allí, tenia hambre?

Reg. Qué dices?

Can. La verdad: así es que; para aplacarla, eché mano de una gran anguila que me hallé en un rincon, y me la tiré al coleto.

Ric. Decís que habeis comido?

Can. Una escelente anguila.

Ric. Que anguila, desgraciado! si era una culebra: aquella deidad, que vos llamais estatua, solo come serpientes venenosas.

Can. Venenosas? ay Dios mio! llegó mi última hora: y verdad será, porque siento en las tripas unos dolores, unas carreras!... yo me muero: parece que dentro de mi estómago están dando una carga de escuadrones de caballeria. (*se le incha el vientre*)

Reg. Socorredle, socorredle por Dios.

ESCENA VII.

Sale Sat. Que es esto? (*vestido de mèdico*)

Reg. Que este pobre joven se muere.

Ric. Ha comido una culebra venenosa.

Can. Que rebiento.

Sat. Apartad: eso no es nada: sentaos, buen hombre, y no os movais, que yo estraeré lo que os ha hecho daño. Mirad: (*le saca por la boca un culebron*) esta friolera os molestaba.

Reg. No es mala friolera, y pesa diez libras.

Can. Ay! gracias á Dios: ya respiro, ya soy otro hombre, os doy un millon de gracias.

Sat. Conque estais mejor?

Can. Si pero con la estraccion de este vicho, me he quedado tan hueco, tan desmadejado, y con tal debilidad, que quisiera comer algo.

Reg. Ah gloton maldito!

Sat. Comer? de ningun modo: lo que ahora necesitais es refrescaros interiormente.

Can. Con orchatas ó limonadas, eh?

Sat. No con otra cosa.

Can. Con cual.

Sat. Con esto. (*Saca una jeringa grande, los marmitones se transforman en boticarios con jeringas tambien.*)

Can. Eso si que no: jeringas: abrenuncio: primero me dejaré hacer pedazos.

ESCENA VIII.

(*Magnifica cocina con fuente, bancos, hornillos guisados, estantes y utensilios.*)

Sale Ric. Pobre hombre! que persecucion! no le dejan sosegar un momento. Luzbel no le quiere en el infierno; pero bien se lo hace pasar en vida. Aquí viene: ¡cual corre por escapar á la máquina hidraulica! Pues si el supiese lo que le espera!...

ESCENA IX.

Sale Can. Maldito médico! malditos prácticantes! ¡pues no querian introducir en mi cuerpo el diluvio! pero donde he venido á parar? qué olor es este que tanto conforta? calla, pues si estoy en la cocina: qué aparato! qué de cacerolas! si aguardarán convidados? veamos estos guisos. Carnes mechadas, pavos rellenos, esquisitos pescados. ¿Quien és capaz de contar lo que aquí hay? me parece que voy á tomar otro atracon.

Ric. Ola! qué se hace, buen amigo?

Can. Calle! vos por aquí!

Ric. Donde he de estar? soy el gefe de las cocinas.

Can. Sustancioso oficio!

Ric. Tambien pareceis algo aficionado.

Can. Un poco.

Ric. Pues ayudadme á guisar, que hoy hay ocupacion para todos. Al avío: ahí teneis manteca, almendras, peregil: en fin, todos los ingredientes necesarios.

Can. Para qué?

Ric. Para guisar.

Can. Guisar yo! que disparate!

Ric. ¿Pues no decís que sois aficionado?

Can. A comer los guisados, pero no á prepararlos.

Ric. Me es igual: no riñamos por eso. Quereis comer?

Can. Con entera voluntad.

Ric. Poned la mesa. (*Sacan ó ponen una mesa aparada.*)

Can. Ah ja. ja: esto es bueno: voy á comer á que quieres boca. (*La mesa se escapa á otro sitio distante.*) Qué, qué, qué, qué es esto? qué tracamundanas son estas? vaya unas trocatintas! en fin vamos allá: comeré donde ella quiera; mientras me deje los guisados... (*la mesa cambia de sitio.*) Si? pues buen viaje: amiga espresiones á todos: vaya un chiste con poca gracia! En fin, veamos si ahora se está quieta. (*cambia otra vez.*) Vaya V. con mil demonios á burlarse de un chino. Primero no comeré bocado que acercarme á la tal mesa. Dígame, buen amigo, ¿no tendría un poco de carne fiambre? algun pajarillo asado, así como un pabo, un pato... cosa poca: ó mejor algunos dulces.

Ric. Dulces? en abundancia. Escojed á vuestro antojo. (*Muestra un armario con jarros de dulces.*)

Can. Perfectamente: esto es lo que yo queria. ¿Qué dicen esos garrrapatos que hay allí?

Ric. Dulce de membrillo, de albericoque, de ciruela, de naranja, de fresa, cabello de angel.

Can. Hombre ese debe ser bueno; cabello de angel! dadme un poco de pan; que voy á dejar al angel sin un pelo en la cabeza: mas calvo há de quedar que la palma de la mano. (*los jarros se trasforman en manojos de alfalfa*) Canario! que porquería es esta? estamos lucidos.

Ric. Comed, comed.

Can. Usté, usté es el que ha de comer, que á mí no me gustan esas confituras. Vaya un chasco! en fin, pues no hay otro remedio, comeré pan seco, y me echaré un trago de agua en esta fuente, si el diablo quiere, y no me le transforma es espíritu de vino, en purga de Le Roy, ó cosa semejante: vamos bebiendo.

(*Al tocar con la boca el caño, se trasforma la fuente en un pozo que se hunde, despues de haber caído en él Canucho.*)

ESCENA X.

Decoracion corta de gruta tenebrosa.

Dem. Vencido por una jóven! oh desesperacion! á donde está mi fuerza? que es de mi poder? Ya los cuatro viajeros se dirigen á este sitio: la hermita está á poca distancia: solo tienen que atravesar la mina que penetra el monte para llegar al termino de su viaje. Y los dejaré llegar? ¿será tan impotente mi astucia que no halle un medio de detenerlos? ¿los dejaré pasar sin hacer el ultimo esfuerzo?... No, no: pero ah! feliz idea! no me escaparán. Hola, mis súbditos, moradores del Averno, acudid.

ESCENA XI.

(*Salen las furias con trages de villano: cantan.*)

Coro.

Tu órden soberana.
nos manda acudir:
Y pues á Satan
juramos servir,
Tus justos preceptos
debemos cumplir;
dando á los mortales
tormentos sin fin.

Diab 1.º Que ordenas? que quieres? aquí nos tienes prontos á ejecutar tus órdenes.

Diab. 2.º Habla.

Dem. Ya sabeis el voto de las bretonas, ya sabeis que han sido inutiles mis ardides para apartar á la una de su santo próposito; y que solo hemos conseguido ganar tiempo, y oponer estorbos á su viage: pues bien, procuremos dilatarle otros cortos momentos y hemos vencido.

Diab. 1.º Esplicaos.

Dem. La anual festividad del Buen Socoro concluye esta noche al toque de ánimas; y no bien suene la campana, quedará cerrada la hermita hasta el prócsimo año. Ya que forzosamente han de pasar por aquí detengámoslos con cualquier pretesto, y hemos triunfado Que decís?

Diab 1.º Que nos parece buena idea.

Dem. Aquí llegan: imitad mi lenguaje, y secundad mis designios (*Se ocultan.*)

ESCENA XII.

Acelia, Raimundo Regalata y Canucho.

Rai. Apresuremonos á llegar á la hermita, no la hallemos, cerrada.

Can. ¿Cuando acabaremos de matar hormigas con los talones?

Sale. Dem. Deteneos.

Can. Otra te pego? Dios nos las depáre bueña.

Dem. Deteneos, malhechores, falsos devotos, que con humilde disfraz de peregrinos os introducís en los palacios, y pagais la hospitalidad con la mas negra ingratitud.

Reg. Qué dice este hombre?

Dem. Malvados, salteadores.

Can. Ya escampa! que buena lengua tiene el niño?

Dem. ¿Donde están el oro y las joyas que habeis robado en vuestra última morada? entregadlo al punto y venid con nosotros á que la justicia os imponga el castigo que mereceis.

Ace: Mirad lo que decís, nosotros somos incapaces de cometer una infamia.

Rai. Si no lo creeis, registradnos.

Diab. 1.º Seria inútil: ya habeis tenido la malicia de ocultarlo en parte segura.

Rai. Como?

Diab. 1.º Todo está enterrado al pié de un arbol á cien pasos de aquí.

Dem. Para recogerlo á la vuelta de su devota romería. Al instante sugetad á esos dos, que ahora los llevaremos al lugar donde ocultan el robo.

Cercan à Raimundo y Acelia: ocultando á esta bien: ponese otra figura en su lugar.

Dem. Aguardad vosotros, que aun tengo que deciros.

Can. Bueno será ello.

Dem. Esta campana! vosotros dos aun sois mas criminales, mil veces mas?

Can. ¿Hemos comido gallina en viernes Santo?

Dem. Peor todavía. Esta campana...

Can. Hemos matado algun canónigo?

Dem. No; pero habeis apostatado de nuestra religion, habeis sido un sectario de mahoma; habeis sido un renegado en fin.

Can. De V. es de quien yo reniego.

Dem. ¿Creeis que ignoro os habeis fingido príncipe persa, os habeis dejado llevar en magníficos palanquines, y rodeado de mugeres, os habeis entregado á la poligámia?

Can. Ni yo sé lo que és popilámia, ni saludé siquiera á aquellas mugeres: ellas fueron las que...

Dem. Ya persa, ya bailarina, ya eunuco.

Can. Eunuco yo? hombre que está V. hablando?

Dem. Y vos...

Can. Aguanta hija, que ahora te toca á tí.

Dem. Hurí del serrallo, duquesa griega, adornada de joyas, de ricos vestidos.

Can. Sembrados de lagartos...

Dem. Vamos.

Can. Donde?

Dem. Aquellos al patíbulo: á la hoguera vosotros (*tocan lejos las animas.*) La campana! oh! placer! hemos vencido.

ESCENA ULTIMA.

Decoracion de un suntuoso jardin, hermoseado de cuanto pueda inventar el buen gusto: en una altura, que por el fondo le domina, se ve la hermita del Buen Socorro: á la decoracion huyen ó se hunden las furias, lanzando un agudo grito y trasformase el vestido de Regaleta en el de culebras: detrás del telon aparecen Sataniel, Raimundo y Acelia, esta de blanco rodeada de las virtudes personificadas en ambos sexos, que cantan el coro,

Sat. Te equivocas, Luzbel, la virtud triunfa.

CORO.

Quien al paraiso
pretenda ascender
las viles insidias
burle de Luzbel,
é imite de Acelia
la constancia y fe,
que con lauro eterno
premiadas se ven.

SAT. Acelia, llegaste al término de tu viaje. El justo cielo, complacido de tu constancia, ha trasformado á los aridos campos que rodeaban la hermita, en risueñas praderas y deliciosos jardines; las virtudes te rodean bajo el esterior de forma humana: Luzbel ha creido deteneros, engañado á la vista de séres fantásticos parecidos á vosotros.—Canucho en castigo de sus faltas; conservará siempre la deformidad de su rostro; y Regaleta ese vestido. (*Baja la paloma con el ramo.*) Recobra el ramo enseña de tu virtud. Yo no soy Sataniél: soy tu ángel bueno que te ha conducido por la senda de la perfeccion. A Dios, jóvenes; unios: continuad virtuosos; que yo espero nos reunamos en la mansion de los justos, para nunca volver á separarnos. (*Vuela y desaparece.*)

BAILE.

FIN.

Esta comedia es propiedad del editor de las Joyas del Teatro, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso en cualesquiera teatros del reino, sociedades, liceos, etc. etc. con arreglo á lo prevenido en las reales órdenes vigentes.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art* 10 *del Reglamento del Teatro Español de* 7 *de Febrero de* 1849.

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art.* 11.

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art.* 12.

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda. *Idem art.* 13.

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el minimum la mitad. *Art.* 59 *del decreto orgánico de Teatros del Reino de* 7 *de Febrero de* 1849

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art.* 60.

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art.* 78.

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 81.

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 82.

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.ª Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el previo consentimiento del autor.

2.ª Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público, respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de* 10 *de Junio de* 1847, *art.* 17.

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin previo consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni esceder de 3000. Si hubiese además cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem art.* 23.

Obras publicadas en la biblioteca dramática:

JOYAS DEL TEATRO.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.
Cárlos VII entre sus vasallos.	5	Mr. Alejandro Dumas.
Los Quid-pro-quos.	1	D. J. Mañé y D. J. M. Catalina.
Matilde.	5	Mr. Eugenio Sue.
Un corazon de muger.	3	D. Victor Balaguer.
El conde de Monte-Cristo, 1.ª parte. . .	4	Mr. A. Dumas y Mr. A. Maquet.
El Conde de Monte-Cristo, 2.ª parte. . .	4	D. Victor Balaguer y D. F. Luis de Réte
El Hijo del Diablo.	8	Mr. Pablo Feval.
Dieguiyo pata de Anafe.	1	D. Andres Avelino de Orihuela.
Los libertinos de Ginebra.	9	Mr. Marco Fournier.
Vifredo el Velloso..	4	D. V. Balaguer y D. J. de Alba.
Las cuatro barras de sangre.	4	D. J. de Alba y D. V. Balaguer.
El Judío errante.	6	. . . . .
Amarguras de la vida.	5	D. Andres Avelino de Orihuela.
El Libro Negro.	6	Mr. Leon Gozlan.
El castillo del Diablo.	5	Mr. E. Sue.
Julieta y Romeo.	3	D. Victor Balaguer.
Conde, ministro y lacayo.	4	D. Francisco Luis de Rétes.
El conde de Monte-Cristo. (nuevamente arreglado).	4	D. V. Balaguer y D. F. L. de Rétes.
Los espósitos del puente de Ntra. Señora. .	5	MM. Burgeois y Masson.
Corona y tumba.	3	D. Manuel García Muñoz.
Maria ó la hija de un jornalero.	3	. . . . .
Es un loco!...	1	D. Manuel García Muñoz.
D. Lope de Vega Carpio.	3	D. Manuel García Muñoz.
Los siete castillos del diablo.	4	Comedia de magia.

El editor de las Joyas del Teatro, como tiene ya plenamente probado, no perdona medio alguno para elevar su biblioteca al nivel de las mas acreditadas. Bajo este supuesto, ha contratado con algunos escritores conocidos, quienes confiarán á esta galería sus originales y traducciones, sin perjuicio de publicar cuanto antes las comedias que siguen, cuyo original está ya en su poder.

Leonardo el peluquero, comedia en tres actos.

La escuela de las familias, drama de costumbres, original de A. Dumas, arreglado en verso por D. Francisco Luis de Rétes

Un poema desgraciado, pieza en un acto, original de D. Manuel Garcia Muñoz.

Las Hijas del Doctor, original de Scribe.

Un matrimonio imposible, drama de costumbres, original de D. Victor Balaguer.

Los estudiantes, drama de Federico Soulié, traduccion de D. F. L. de Rétes.

Los borceguíes del rey moro, drama original en verso de D. Victor Balaguer.

La duquesa, drama en verso, sacado de *Los siete pecados capitales*, original del señor García Muñoz, recibido con tan general aplauso en el Teatro principal.

Celos, despecho y amor, drama en verso original del Sr. García Muñoz.

Pobre porfiado saca mendrugo, comedia en dos actos.